

**Fernando Baquero
Mochales**

El Retablo de Persiles y Auristela

**o
Rectificación del Persiles y Sigismunda
para
Guía y Recordatorio para Nuevos,
Viejos o Descarriados Lectores**

*Mañana es Arte
Biblioteca Babab*



Babab.com

B
I
B
L
I
O
T
E
C
A
B
A
B
A
B

Abril 2003
Volumen nº12

Copyright © 2003 Fernando Baquero Mochales
Copyright © 2003 Babab.com

Todos los derechos reservados
ISBN: 84-95797-00-3
ISSN: 1575 - 9385
Madrid, España

B
I
B
L
I
O
T
E
C
A

B
A

B
A

B

Prólogo

Por Rosario González Galicia

Obra póstuma de Cervantes es *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. El 19 de abril de 1616, en la dedicatoria de la misma al Conde de Lemos, Cervantes le anuncia su situación de acabamiento, remedando, sin que ni así le falte el humor, unas famosísimas coplas de su tiempo:

«Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo.»

Todavía tiene Cervantes el aliento, en esta misma dedicatoria, de prometer al Conde, si «me diese el cielo vida, (...) fin de la *Galatea*». Pero las ganas y el humor no lo salvaron esta vez: el 23 de abril moría.

Obra preferida de Cervantes es ésta. Así dice de ella el escritor en la dedicatoria, también al Conde de Lemos, de la 2ª parte del *Quijote*: «libro (...) el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de entretenimiento; (...) según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible».

Por modelo la novela griega o bizantina, no sólo del gusto de la época para el público lector, sino medio literario con función aleccionadora y moralizante. El errático ir y venir de los personajes, los vericuetos y zigzags de la propia narración, el aparato, la exuberancia, la exageración, la inverosimilitud de las localizaciones y las imprecisiones y contradicciones temporales en que el conjunto queda envuelto son muestra, revelación, evidencia del errático pasar de la vida de los hombres, quienes, a través de experiencias, esfuerzos, penalidades, trabajos, en suma, llegan a un punto, no atisbado al principio, de necesario cumplimiento: el del encuentro o, mejor, el del reencuentro de uno consigo mismo; y, aquí, el de uno consigo mismo en el regazo divino, en el último y más elevado peldaño al que aspirar y acceder: el seno de la Iglesia, Roma («el cielo de la tierra»), la luz, Dios.

La historia de un viaje iniciático, de una peregrinación, que, en definitiva, es *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* está construida a la manera de un retablo —ésta es la atinada observación que nos desvela Fernando Baquero y que le sirve de punto de partida para su recreación de la obra—. Pero no como en el *Retablo de las maravillas*, donde el retablo es un elemento perteneciente al juego escénico que se representa para engañar y jugar con los espectadores internos, personajes a su vez del entremés, y con los espectadores externos y contemporáneos al momento de la representación. El retablo en que se estructura el *Persiles* es el retablo de la vida. En él sólo se pintan,

sólo se cuentan los episodios clave, los que aportan significado, los imprescindibles para apoyar el mensaje moral. Paralelamente, en el retablo de la vida, el pasado se recuerda a modo de cuadros, de escenas (más particularmente en la vejez —no se olvide que ésta es la última obra de Cervantes—); el hilo entre esas escenas, la amalgama cotidiana, es irrelevante; y las escenas se recuerdan así no por los personajes intervinientes en ellas (apenas más que nombres o borrosas imágenes en el recuerdo), no por los detalles, no por las precisiones en el tiempo y en el espacio, sino por lo que las vivencias que esas escenas recogen como fotogramas sueltos han producido en nosotros, por las sensaciones y la huella, por la herida que nos han dejado. El *Persiles* busca la emoción y el mensaje, incluso a costa de los personajes, que, como en la novela bizantina, son planos, unidimensionales, no seres de carne y hueso sino representantes de ideas y valores de validez universal; no hay, efectivamente, “psicología” de los personajes, ni mucho menos psicologismo, cosas que, en cambio, luego impregnarían hasta el abuso y el empalago la novela, piedras filosofales de la del siglo XIX y pilares en una gran parte de la producción novelística posterior y actual.

La mano sabia de Fernando Baquero, gran conocedor de la obra cervantina y reflexivo indagador en sus profundidades y recovecos, nos va llevando por la intrincada trama de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* y nos da curiosas, atractivas y sensatas interpretaciones de la obra, para mostrarnos que, más allá del aparentemente enloquecido viaje de unos personajes, lo que éstos hacen es, soportando el embravecido oleaje de los días, el camino de la vida.

Para el apasionado lector de El Quijote, que se aproxima con temor y esperanza al controvertido Persiles, hay que advertirle que este es un libro muy especial, tan especial al menos como el del Caballero de los Leones. Para su tranquilidad, hay que decir a ese lector que el Persiles es profundamente, entrañadamente cervantino, y que el que busque en él a su querido alcalaíno Cide Hamete Benengeli aquí también lo podrá encontrar entre sus páginas, como se encuentra a un gran amigo o incluso a un padre.

Para el apasionado lector de El Quijote, el Persiles tiene una misteriosa atracción inicial, “avant la lettre”. Sabe que “el famoso Persiles” fue, para Cervantes, su mejor obra (“ha de llegar al extremo de bondad posible” dice en la dedicatoria nada menos que de la segunda parte de El Quijote); la que, como dice Romero Muñoz, había de ser su obra maestra; una obra “seria” a la manera de los imperecederos clásicos; como obra póstuma, podría ser también considerada como su testamento espiritual.

Es verdad que, para acentuar el aspecto “clásico”, Cervantes elige un modelo de obra al que estamos poco acostumbrados en nuestros días: la novela “griega” o “bizantina”. En el prólogo de las Novelas Ejemplares, Cervantes cita explícitamente como modelo a emular a Heliodoro, el autor de Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea. La estructura de la novela bizantina automáticamente desconcierta y defrauda al lector moderno, aunque probablemente no lo hacía en igual medida en la época de Cervantes. El carácter distante, artificioso, inverosímil, aparatoso, desenfrenado y exuberante de la narración, potenciado por la constante y aparentemente errática fragmentación del texto, llega a límites que justifica que la mentalidad neoclásica llegase a calificar el resultado final como “monstruoso, extravagante” (Buttenschoen, inocente traductor alemán en 1789, citado en la Introducción de la edición de Carlos Romero Muñoz). Para el lector común que ha quedado subyugado por El Quijote, el contraste puede llevarle a una profunda irritación. En contraste con el calor y la humanidad de muchos de los personajes de El Quijote, con los que el lector llega a tener un alto nivel de intimidad, los del Persiles resultan, durante la mayor parte de las páginas, glaciales, distantes, extraños, casi metafísicos. Es necesario que hagamos ahora una distinción esencial: si los personajes y los acontecimientos de El Quijote son corpóreos, tridimensionales, los del Persiles son planos, bidimensionales.

Es esencial que el lector se coloque en el ángulo adecuado, en la perspectiva precisa para captar la belleza y el contenido de esta magnífica obra. Creemos que este ángulo adecuado para la comprensión de la novela se sugiere por el propio Cervantes en el capítulo primero del Tercer Libro del Persiles, cuando para resumir la “Historia Septentrional” (que abarca “stricto sensu” los dos primeros libros) hace pintar en Lisboa “un lienzo” en el que se representan los personajes, con sus trabajos,

acontecimientos y peripecias; uno de ellos, Antonio el mozo, se sirve del mismo (y lo podemos imaginar con un puntero) para “declarar las pinturas y los sucesos cuando le apretaban a que los dijese”. Claramente no se trata en sí de un cuadro, sino más bien de un políptico, de un retablo, aunque no se menciona como tal en el texto. Es el “Retablo de Persiles y Sigismunda”.

La estructura narrativa del Persiles es la estructura de un retablo. El lector puede imaginarse a sí mismo como el curioso feriante que ha llegado tarde al comienzo de la explicación del retablo, y empieza a conocer la historia “in medias res”. Este trabajo puede ayudarle a seguir el hilo de la historia, o a encontrar dónde se encuentra un determinado episodio, un cuadro del retablo. Como en los retablos, no hay apenas transiciones entre las escenas representadas, porque sólo lo significativo se representa; quizá, en la memoria senil de la vida vivida, también las escenas significativas se agolpan con escasas transiciones, y a veces con dudosa ilación, como en un retablo. Como en un retablo, los cuadros que lo componen tienen frecuentemente un componente exótico y tremendista, porque de lo que se trata es de atraer la atención de los feriantes o lectores. Pero todo ello, como en un retablo, tiene una última justificación: hay que llamar la atención del gran público, y, en lo posible, emocionarle, para facilitarle la adquisición de una serie de valores morales. Es, ni más ni menos, la doctrina estética del manierismo, de la reforma católica. Cervantes explica y comenta el retablo, como si hubiese sido pintado por otro.

Titulamos este retablo como el de Persiles y Auristela para entrar en el juego de la asociación de nombres, como hubiésemos podido hacerlo con Quijano y Dulcinea, o con Periandro y Sigismunda, o con Don Quijote y Aldonza. La atracción de lo real por lo irreal, y de lo irreal por lo real. El Persiles es la historia de una peregrinación, de una peregrinación, como se espera de todas, iniciática, en la que, como en la vida, se parte de un punto y se llega, a través de muchos trabajos, a otro, muy distante. Aquí el comienzo está en el más extremo Norte, en las regiones del frío y la obscuridad; el fin, en el Sur, en los países de la luz. El que la vida conduzca a la luz, como condujo a Don Quijote, es el constante regalo del místico optimismo cervantino.

La utilización en este manuscrito de caracteres en itálica indica comentarios al texto del autor de este trabajo; en letra no itálica se refieren los episodios del texto cervantino. En la página final insertamos una figura que expresa gráficamente la rectificación llevada a cabo en este trabajo. La columna de la derecha representa la secuencia de capítulos del Persiles tal y como aparece en el texto original; la secuencia necesaria para obtener la estructura lineal de la narración, como nosotros la ofrecemos, está en la columna de la izquierda. Las distintas texturas corresponden a los cuatro distintos Libros en que se divide la obra. Las líneas de conexión indican en qué lugar del texto Cervantes insertó los capítulos de la narración lineal. Para no hacer aún más confuso el esquema, no se han repetido las flechas de conexión entre capítulos que forman bloques bien definidos tanto en la narración original como en la lineal. Véase que las translocaciones del texto afectan sobre todo a los dos primeros Libros del Persiles, que son también los más agitados argumentalmente.

IV: XII

La región y circunstancias en la que se inicia la historia sólo se conoce en las últimas páginas de la novela. El tiempo natural de la narración se inicia en una de las islas del fin del mundo, en la mítica y última isla de Tule, y es lugar adecuado para iniciar la peregrinación, que allí fue desterrado Cronos, el dios del Tiempo.

En Tule se encuentran por vez primera Sigismunda y Persiles. Sigismunda es la bellísima hija mayor de la reina Eusebia de Frislandia, una isla aún más al norte, sólo descubierta, según Cervantes, por Nicolás Temo en 1380. Sigismunda tiene diecisiete años en el capítulo II,VII. Ha sido enviada a Tule por su madre bajo la excusa de huir de una guerra, pero, en realidad, para hacerla conocer de Maximino, hijo mayor de la reina Eustaquia de Tule. Pero Maximino no está presente, y sí lo está Persiles, el hijo menor, también de sin par apostura. Amor, una implosión de profunda unidad, surge entre Persiles y Sigismunda. Persiles ha conocido al alma de su vida, y sabiendo que ella no es para él, no puede seguir viviendo, y enferma mortalmente. Para evitar su muerte por amor, Eustoquia, la madre de Persiles, sugiere que huyan juntos en un barco, hacia el Sur, hacia las regiones de la luz y de la fe, hacia Roma. Sin embargo, su definitiva unión sólo será posible bajo esa luz y esa fe, y durante el largo camino que les espera, deberán comportarse y aparecer ante el mundo como hermanos, llevando otros nombres: Persiles pasa a ser Periandro y Sigismunda pasa a ser Auristela. Periandro y Auristela no podrán jamás amarse físicamente como esposos durante su larga peregrinación; pero quizá, algún día, en Roma, se producirá la unión eterna de Persiles y Sigismunda.

El nombre de Auristela sugiere el de una estrella de oro, un signo espiritual de guía y esperanza para Periandro; tal nombre podría ser de hecho un ortónimo del nombre de Sigismunda, haciendo derivar al último de "sigillum", al modo visigótico, en el sentido de un signo espiritual, divino. De la misma forma, Thomas Mann lo utiliza, por boca del doctor Riemer, refiriéndolo a Goethe: "Este sigillum de la Divinidad, quiere decirse la gracia y la forma que la naturaleza imprime con cierta sonrisa, así hay que imaginarlo, a un espíritu, convirtiéndolo en un espíritu bello.." (Carlota en Weimar, 3). El nombre de Periandro sugiere "lo humano"; el único Periandro conocido en la Historia es un corintio, considerado el último de los siete sabios de Grecia (JRM, I:II: nota 21).

Maximino, de vuelta a Tule dos años después, sólo tiene ya el retrato de Sigismunda, pero aún así se enamora de ella, se hace a la mar de nuevo e inicia la persecución de los amantes. La reina Eustoquia encarga a uno de sus servidores, Seráfido, que había sido ayo de Persiles, que se adelante para advertirles. Los encontrará en Roma, al final de la novela (IV:XII).

El mito de los amantes que deben comportarse como hermanos se encuentra en novelas del mundo clásico. Quizá con raíces en el mito de Cupido y Psique (en nuestro muy querido Asno de Oro de Apuleyo, del siglo II), se desarrolla muy claramente en Teágenes y Cariclea, de Heliodoro (probablemente nacido en el siglo III), novela griega que frecuentemente se menciona (incluso por el propio autor) como fuente de inspiración del Persiles cervantino. Sin duda hay un contenido simbólico en este amor potente, parecido a la potencia de una flecha inmóvil en un arco tensado por la imposibilidad, pero que se sabe destinado al objetivo de la unión con la diana, y conoce que esa unión será más profunda cuanto mayor haya sido la tensión del arco. En el contexto moral y estético del neoplatonismo dominante, tanto en el tardo-renacimiento y manierismo del siglo XVI, como también en el tardo-helenismo de los siglos II y III, la tensa convivencia del amor de amantes con el estado de hermanos podría reflejar las relaciones éticas entre el alma y el cuerpo. El final de los tiempos asistirá a la resurrección de los cuerpos y la unión, la re-ligación o religión, ahora santificada, del alma y su cuerpo, renovando la plenitud adámica. Pero mientras tanto, en el mundo y en los tiempos de los hombres, el alma y el cuerpo no pueden desposarse. El alma, probablemente expresada como principio femenino, Psique, Cariclea, Sigismunda o Auristela, debe mantenerse casta y honesta, para no mancillarse con las demandas contingentes de los cuerpos del mundo. El principio masculino de Cupido, Teágenes, Persiles o Periandro debe hacerse merecedor del alma con su constante batallar por no perderla, a lo largo de los avatares de la vida; y también por someterse, lleno de esperanza en el tálamo glorioso del final de los tiempos, a las altas exigencias de la honestidad de su amada.

Se podría proponer una interpretación variante de la anterior, también cercana a la religiosidad entre neoplatónica y tridentina en la que se movía Cervantes. Esta interpretación implica la clásica de que la peregrinación es un símbolo de la vida, de la vida terrenal. Los dos primeros libros del Persiles (I y II: "La Historia Septentrional"), en su crecimiento vertical (del brumoso Norte al soleado Sur), poseen una enorme agitación, la agitación de la juventud, y están cuajados de peligros, separaciones, dudas y esperanzas para Persiles y Auristela. Los dos últimos libros (III y IV: "La Historia Meridional") tienen un desarrollo horizontal (de Lisboa a Roma) y expresan un acontecer más plácido, en el que Persiles y Auristela asisten al espectáculo de la vida que se desarrolla en su peregrinar. Sería como una etapa de madurez en la vida, que sólo se crispará de nuevo en las últimas páginas de la novela. Es interesante considerar que una parte de la crítica literaria del Persiles opina que las dos "Historias" que la componen fueron quizá escritas en épocas diferentes de la propia vida de Cervantes. En la interpretación que aquí proponemos, el esperado tálamo romano podría expresar el fin de la vida, y con ella la consecución de la eterna felicidad para los que han sido capaces de realizar con bien sus aventuras, para los bienaventurados. En sentido alegórico, podríamos imaginar que en un instante crítico, cercano a la inocencia del brumoso nacimiento, tendría el hombre la imagen, y quizá la vivencia de la felicidad plena y eterna. Inmediatamente esa imagen de plenitud desaparecería, pero el espíritu del hombre habría hecho un voto: al fin de sus días volverá a recuperarla, a condición de que se haya hecho acreedor a la misma por mantener la pristina inocencia en sus actos, que hizo posible esa primera unión. Así, el hombre pasa los trabajos de su

vida junto con su felicidad inaccesible, pero en el voto de obtenerla al fin, inspirado por ella y deseoso de ella. Las raíces neoplatónicas de esta posible interpretación son claras.

II:X

Hacia la mitad de la narración, Periandro nos hace conocer, en un relato dirigido al rey Policarpo y a su hija Sinforosa (que ya conoceremos), cómo sigue la historia de su huída con Auristela, cuyo comienzo es, como hemos visto, desconocido para el lector hasta las últimas páginas.

La isla de los pescadores. La nave corsaria en la que Periandro y Auristela dejaron Tule, en compañía de Cloelia, la anciana ama de la segunda, llega a una isla; desembarcan y penetran en su interior por un ameno río. El marinero que les acompaña les recomienda que no vuelvan al barco, ya que el capitán se propone deshonorar a Auristela y matar a Periandro. Se encuentran de pronto en el río con un gentío de pescadores, que están festejando las próximas y obligadas bodas de Carino y la bella Selviana, y de Solercio y la no tan bella Leoncia. Sin embargo, Carino confiesa a Periandro que él ama a Leoncia, y Solercio a Selviana. Periandro se lo cuenta a Auristela y ésta, “tan discreta que parece que tiene entendimiento divino”, organiza las bodas “por ordenación del cielo”, de forma que el amor, y no las humanas disposiciones, junten a los amantes.

En las fiestas del río, se produce una regata con alto valor simbólico. Compiten cuatro barcas, bajo las insignias de Amor (un vendado Cupido por símbolo), Interés (un pequeño y rico gigante), Diligencia (una mujer desnuda con alas por todo el cuerpo, que a tener trompeta se parecería a la Fama) y Fortuna (la buena Fortuna). Va ganando Amor, pero al oír los gritos de “¡Cupido vence!” sus marineros aflojan los remos y son sobrepasados por Interés; llega enseguida Diligencia, pero una mala maniobra de su timonel hace que las tres barcas se enreden entre sí y dejen de avanzar. Fortuna, que iba la última, y como desmayada, gana inesperadamente la carrera.

Dos capítulos más tarde (II:XII), Cervantes recapitula por boca de Periandro: Sin la buena Fortuna, “vale poco la diligencia, no es de provecho el interés, ni el amor puede usar de sus fuerzas”.

II: XII

Irrumpen inesperadamente en la isla una partida de salteadores, que raptan a Auristela, Cloelia, Selviana y Leoncia. Periandro, con Carino y Solercio, intentan perseguirlos sin éxito. A la mañana siguiente, asisten impotentes a la batalla naval

entre el barco de los salteadores, con cruces verdes en banderas y velas, y el barco de los corsarios con los que partieron de Tule y llegaron a la isla, con cruces rojas. Los salteadores abordan y saquean el barco corsario, y “vuelan por el mar adelante”, llevándose a Auristela y sus compañeras. Es **la primera separación de Periandro y Auristela**.

Periandro anima a sus compañeros a armar un barco, y hacerse piratas, no para la codicia, sino para la justicia, para perseguir a los salteadores.

II: XIII, XIV

Abordan un barco, en el que viaja Leopoldio, rey de los danaos (daneses), con un hombre y una mujer encadenados.

Historia de Leopoldio. Al quedarse viudo, se enamora de una dama de su mujer, pero ésta tiene relaciones con un criado, e intentan matar a Leopoldio. No lo consiguen; huyen, Leopoldio les persigue, apresa y encadena.

Periandro deja libre al barco de Leopoldio, rechazando su recompensa: “más vale una onza de buena fama que una libra de perlas”, pero se queda con los encadenados. A continuación se produce un episodio de gran fuerza surrealista, el abordaje del barco de Periandro al barco de los muertos.

El barco de los muertos. Más de cuarenta hombres ahorcados pendientes de las antenas y jarcias; la cubierta llena de sangre y cuerpos semivivos; y todo ha sucedido en un festín, porque “los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino”. En la popa, doce hermosísimas mujeres, capitaneadas por la bella Sulpicia, la del coselete plateado, sobrina del rey Cratilo de Lituania. La lascivia de los marineros les llevó a matar a su esposo, Lampidio, cuando en el barco se dirigían a ver a Cratilo. Las mujeres aprovechan una noche de borrachera de los marineros, y los matan a todos.

La poderosa imagen de la mezcla de sangre, manjares y vino está en 1:6 del Teágenes y Cariclea de Heliodoro: “vino manchado en sangre, guerra encendida entre comensales, asesinatos y bebidas, libaciones y matanzas mezcladas...”

Periandro deja ir a Sulpicia y su barco, rechazando la joya que le ofrece. El barco de Periandro sigue su curso, por “la derrota que el viento llevase”, con su capitán quizá temeroso de la suerte de Auristela.

II:XV

De nuevo un episodio simbólico, **El Sueño de Periandro**. Adormeciase Periandro cuando empieza a llover, con cielo claro. Es la espuma de un monstruo, la Serpiente Náufrago, que devora de un bocado a un marinero; disparan la artillería y huyen; llegan a una isla desconocida, cuyas playas las formaban granos de oro y menudas perlas; el interior tiene prados de esmeraldas; de los árboles penden ramos de rubíes. Rumor de fuentes claras y pajarillos; es el Paraíso. De una peña sale música, y tras de ella un carro en forma de nave rota por la borrasca, del que tiran doce jímios, animales lascivos; en el carro, una hermosa dama, Sensualidad, coronada de amargas adelfas; y sus damas. Se llevan a marineros y penetran con ellos en la roca de nuevo. Se oye ahora una más sosegada música, y aparece un escuadrón de doncellas, capitaneadas por Castidad, bajo la forma de Auristela, con sus damas Continencia y Pudicicia. Prometen a Periandro cuidar de Auristela hasta que dé fin a su peregrinación en Roma. Despierta Periandro.

II:XVI

Sigue el barco, “hacia donde el viento le llevase”, que es hacia el Norte; capturan algunos barcos piratas, siendo sólo “ladrones de ladrones”. En el mar Glacial, cerca de Noruega, quedan engastados en el hielo, “como una piedra en un anillo”, y se cierne el fantasma del hambre. Ven a lo lejos otro barco aprisionado, van a pie hacia él, y reconocen al barco cuyos salteadores robaron a Auristela, Leoncia y Selviana. Pero ya no están allí. El capitán, antes de morir, las vendió a Arnaldo, Príncipe de Dinamarca.

II: XVIII

Sigue Periandro la narración de sus trabajos. A los barcos aprisionados por el hielo se aproximan los cuatro mil patinadores de Cratilo de Lituania, que ayudan o desvalijan a las naves allí detenidas. Reaparece, a caballo, con su tío, la brava Sulpicia, del coselete plateado. Traen otro poderoso caballo bárbaro, que nadie ha podido domar jamás.

II: XX

Periandro monta el caballo, sube con él a una levantada peña, y le hace saltar al mar helado. El golpe es tremendo, pero salen ilesos. Inmediatamente, Periandro dirige de nuevo al caballo hacia la roca; al borde del precipicio, el caballo se niega a saltar, y queda domado, “volviéndole de león en cordero”.

Llegado el deshielo, vuelven a la mar hacia Dinamarca, en busca de Auristela. Paran en la Isla Escinta, donde conocen que en una isla, también cercana a Ibernia, reina el rey Policarpo.

I:XXII

El reino de Policarpo (pese a su lejanía del Mediterráneo, es un nombre griego que significa “muchos frutos”) es un reino donde el rey lo es por elección, y no por sucesión, lo que asegura no sólo que sea virtuoso, sino que lo sean los demás habitantes, porque podrían ser elegidos. Es curioso que Cervantes proponga este planteamiento “justo y santo”, democrático y republicano, y aún más curioso que ningún censor prohibiese su publicación en una época en que el Rey lo era por voluntad divina. El Rey Policarpo tiene dos hijas de extremada belleza, Policarpa y Sinforosa.

Periandro y los suyos conocen que en la isla del rey Policarpo están organizando, junto a la marina, unos **juegos** “que los gentiles llaman **olímpicos**”, y deciden asistir a los mismos. El viento es contrario para acercarse a ella, así es que se acercan en una barca con doce remeros vestidos de blanco por banda, patroneados por un hermoso timonel de rojo, Periandro (en I:XXIII, según la versión de Auristela, son doce remeros desnudos). Periandro compite en carreras, esgrima, lucha, lanzamiento de barra y tiro con arco. Gana todos los certámenes, y es coronado con flores por la ya enamorada Sinforosa.

II:XX. Pero Periandro no olvida a Auristela. Aunque sus compañeros quedan en la isla, Periandro retorna a su barco y, acompañado de seis pescadores, pone su proa a **la isla bárbara**, porque ha oído la profecía que allí creen ciegamente sus habitantes, y que les obliga a buscar la mujer más bella de la tierra para que sea madre del Rey del Mundo (ver más tarde). Sinforosa ha solicitado a su padre que persigan a Periandro y le vuelvan a traer. Pero, llegado a la isla bárbara, le cogen preso y le llevan a una profunda cueva, “donde estaban los vivos enterrados”.

I:I

La novela empieza en este punto, “in medias res” y, como hemos visto, el lector no conocerá hasta el Libro Segundo, y aun en el Cuarto, lo que hasta aquí hemos relatado. Las primeras líneas del Persiles comienzan con la salida de Periandro de la cueva, donde también está encerrada Cloelia, el ama de Auristela. Le iza el bárbaro Corsicurbo, que le lleva atado en una balsa de troncos. Se disponen a matarle, pero el bárbaro “hallando en la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazón”, le perdona. Una tormenta desbarata la balsa, y Periandro es recogido por marineros del barco de Arnaldo, que anda en busca de la raptada Auristela.

I: II

Puesto que el curioso lector ha reencontrado a Cloelia en las anteriores líneas, se preguntará qué sucedió con Cloelia y Auristela, que habíamos dejado apresadas por salteadores (ver arriba, II:XII). Auristela, su ama Cloelia y las dos pescadoras fueron

vendidas al príncipe Arnaldo de Dinamarca. Arnaldo se enamora de Auristela, y aunque la pretende, respeta su voto de virginidad y la trata como reina. Sin embargo, paseando por la orilla del mar, son raptadas por corsarios que rastrear las islas para llevar a las más bellas mujeres a los habitantes de la Isla bárbara.

El mito del Rey del Mundo.

De los habitantes de la Isla bárbara ha de salir el Rey del Mundo. Su padre podrá ser reconocido por ser capaz de soportar, sin un gesto, el amargor de los corazones, reducidos a polvo, de cuantos hombres lleguen a la isla. Este varón, alzado como rey, debe casarse con la más hermosa de las mujeres del orbe; de su unión saldrá el Rey del Mundo.

Con independencia de los conocimientos de Cervantes acerca de tribus o pueblos cardióvoros (por ejemplo en las Indias Occidentales), parece claro que el contenido simbólico del mito propuesto en el Persiles es de interés. El hombre perfecto, el Rey del Mundo, debe combinar su capacidad para tolerar, “sin un gesto”, las crueldades, las estupideces, las ingratitudes de los hombres (las amarguras de su corazón), y poseer además la Belleza. En suma, quien sea capaz de construir la Belleza sobre la Tolerancia, se merece ser Rey del Mundo.

III:IX

Lo que pasó con este barco corsario que rapta a Auristela, Cloelia y las dos pescadoras lo veríamos ya muy avanzado el Persiles, pero lo traemos ahora a este punto. Arribaron a una isla despoblada, a repartir la presa. A uno de los corsarios le parece más que suficiente con Auristela, y aun “ofrece dádivas para igualar la demás”. Se la lleva y la disfraza de varón, porque como mujer, hasta el viento solicitaría su amor; ella le sirve “en todo aquello que a mi honestidad no ofendía”. Llegan a la Isla bárbara, donde ella es apresada como varón, y muerto su corsario raptor. La llevan prisionera (prisionero) a una gruta, donde encuentra a Cloelia (que había llegado allí por no menos desventurosos pasos), que le dice que Periandro había estado allí. Auristela entonces decide salir de la sima, aun a riesgo de ser sacrificada por los bárbaros para sacarle el corazón y convertirlo en polvo, como se hacía a los varones prisioneros.

I:II

En su apartamento del barco de Arnaldo, Periandro oye los lamentos de Taurisa, doncella de Auristela en Dinamarca, le cuenta cómo los piratas robaron a Auristela en la playa y cómo Arnaldo se dirige a la isla bárbara para intentar rescatarla. Arnaldo venderá a Taurisa a los bárbaros para que investigue en la isla lo que ha ocurrido con Auristela. Periandro siente celos de Arnaldo, pero le dice que Auristela es su

hermana. Periandro propone ir él mismo a la isla, vestido de mujer, substituyendo a Taurisa.

Tenemos aquí nuestros dos principales personajes travestidos; Auristela en varón, Periandro en mujer. En ocasiones críticas, es bueno que el alma se vista de cuerpo, y el cuerpo de alma. El alma debe tomar cuerpo en el momento del amor o del valor; el cuerpo tomar alma en el momento del desfallecimiento o la tentación.

I:III,IV

Periandro se despide emocionadamente (aunque sus sentimientos no procedían, dice cautelosamente Cervantes, de un corazón afeminado) y es vendido al bárbaro Bradamiro, y llevado a la isla como hermosa mujer.

Auristela va a ser sacrificada como varón, y ya con el cuchillo en la garganta, aparece su ama Cloelia y declara ser mujer la que van a inmolar, con lo que la libertan.

Primer reencuentro de Periandro y Auristela. Se abrazan como hermanos; Bradamiro dice que ambos quedarán con vida, pero el gobernador de la isla mata de un flechazo inmediatamente a Bradamiro; el hijo de Corsicurbo (que sacó a Periandro de la cueva) mata a su vez al gobernador; se inicia una contienda civil y se declara un enorme incendio en la isla bárbara.

Un bárbaro, que luego conoceremos como Antonio (hijo) salva a Periandro, Auristela y Cloelia del fuego, y los ayuda a escapar. Los acompaña a la cueva donde vive con su familia. Increíblemente, su padre, Antonio, es un hidalgo (Antonio Villaseñor, como sabremos en III:IX) de Quintanar de la Orden. Agotada, muere Cloelia.

I: V,VI

Historia de Antonio, el bárbaro español. Soldado de Carlos V, vuelve a Quintanar, su patria, pero mata a un hombre en un lance de honor, debe huir a Lisboa y de allí a Inglaterra. Por otro altercado con un inglés en el barco le condenan a ser abandonado en un esquife, en el que llega a la isla de los Lobos. Uno de los lobos le habla en español (en aquella época era ya un idioma muy extendido) y le dice que huya si no quiere morir allí; vuelve al esquife y llega a la costa en la cercanía de la cueva donde ahora se encuentran. Una joven (15 años) mujer bárbara, Ricla, se apiada de él y le cuida; se casa con ella (“parecióme antes ángel del cielo que bárbara de la tierra”). Ricla se ha hecho cristiana, y declara **el Credo**. De su unión (dice Ricla: “entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendía a nadie”) proceden dos hijos; Antonio (hijo) y Constanza.

La destrucción de la isla bárbara da ocasión a un bárbaro gallardo, que se expresa en lengua toscana (no debe extrañar al suspicaz lector, ya que es de Siena), para liberar a los prisioneros de la cueva. Se disponen a partir todos en cuatro barcas de la isla, acompañados de una bella prisionera, la discreta Transila (veremos cómo llegó allí en I:XIII), y recogen también al bárbaro italiano.

I: VII,VIII,IX

Aunque llegan a ver el barco de Arnaldo, que les espera, el viento les separa del mismo, y les lleva a una isla de altas montañas cubiertas de nieve.

Historia de Rutilio, el bárbaro de Siena. Maestro de danza de una joven a la que su padre trata de casar, intenta adornarla “de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban”. Cae enamorada de Rutilio; ambos se escapan, pero los detienen y Rutilio es condenado a muerte. En la cárcel le visita una hechicera, que le propone que se case con ella si de allí le saca. Los grilletes y las puertas de la prisión se abren, y en un manto volador huyen por el aire. Llegan a Noruega; la hechicera se ha convertido en lobo, y Rutilio le mata. Le encuentra un bárbaro también descendiente de italianos; viajan juntos; un día el bajel queda destrozado durante una borrasca cerca de la isla bárbara, y Rutilio es apresado.

La isla nevada está despoblada, y deciden partir de nuevo en la barca, rumbo a otra isla próxima. De una de las barcas que acompañan a la de Periandro llegan las notas de una canción, primero en portugués, luego en castellano: “no giréis las velas, que será simpleza – que es enemigo amor de la mudanza”. Llegan a una isla, en la que al menos hay frutos, aunque no en sazón.

I:X,XI,XII,XIII

Historia del Enamorado Portugués. El cantor es el soldado lisboeta Manuel de Sosa Coitiño, caballero de la Orden de Cristo; enamorado de su vecina Leonora Pereira; la pide en matrimonio, pero ella es demasiado joven aún y él debe partir como capitán a Berbería. Dos años después, vuelve y acude a ver a Leonora a un convento; está bellísima, pero confiesa que se ha hecho monja. Destrozado, Manuel sólo puede balbucir “*Maria optimam partem elegit*”. Sólo de la emoción de contarle, muere allí mismo el enamorado portugués. Esta historia tiene un epílogo, que el impaciente lector podrá encontrar en III:I.

Siguen peregrinando de isla en isla. Llegan a Gotlandia, apenas poblada; se acercan a un puerto donde hay un mesón. Alguien allí les recibe -milagro extraño-, hablando español. Se acerca al puerto un navío con las armas de Inglaterra.

Procedentes del barco inglés aparecen el anciano Mauricio de Ibernia (Irlanda), y el joven Ladislao, respectivamente padre y esposo de la gallarda Transila. Traen consigo un hombre y una mujer encadenados.

Historia de Mauricio: la astrología judiciaria. Viudo joven, tiene que cuidar de su hija Transila; se concierta boda con Ladislao; en Ibernia existe la deshonesto costumbre de que los invitados a la boda pueden manosear en la desposada “los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido”. Transila se rebela, se enfrenta a todos y huye en una barca. La hallan unos pescadores que la venden a los habitantes de la isla bárbara. Su padre Mauricio se lanza en su búsqueda. Utiliza sus conocimientos astrológicos, aunque con poca convicción (“el astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse a lo más probable y a lo más experimentado”), y la encuentra en Gotlandia, donde ahora están.

I: XIV

Historia de los encadenados. La dama encadenada es Rosamunda, o por mejor decir, rosa inmunda, mujer deshonesto, concubina del rey de Inglaterra; el encadenado es Clodio, un libelista maldiciente, escritor satírico que ponía en evidencia y hacía pública la impudicia de la primera.

Crítica de periodistas: la prudencia de Cervantes encadena juntos al mal y a quien, con aparente propósito de corrección moral, el mal airea.

I: XV, XVI, XVII

Llega a Gotlandia el barco de Arnaldo, príncipe de Dinamarca. Arnaldo confiesa a Periandro su amor por su hermana Auristela. Promete esperar hasta que Periandro y Auristela cumplan su sagrado voto en la lejano Roma. Se proponen partir hacia Inglaterra, y de allí a Francia y a Roma. Auristela pregunta por su doncella Taurisa (a la que reemplazó Periandro vestido de mujer, ver I:II); se puso enferma y fue enviada a Irlanda con dos caballeros. Veremos más tarde (I:XX), el lamentable fin de este viaje.

I: XVIII, XIX

Se arman dos barcos; el de Arnaldo llevará a Periandro y Auristela, a la familia de Antonio (Antonio padre e hijo, Riela y Constanza), la familia de Transila (Transila, Ladislao y Mauricio), a los encadenados (Clodio y Rosamunda) y a Rutilio de Siena.

En el barco en el que llegaron Ladislao y Mauricio embarcaron el resto de los que se liberaron de la cueva de la isla bárbara.

Mauricio, el astrólogo judicial, y también Auristela, tienen un mal presagio. Mauricio sueña que alguien ha abierto una vía de agua en la sentina; se despierta, todos se alarman, pero nada ha pasado.

La canción de Rutilio. En el peligro y desventura, se unen el león y el cordero, la paloma y el fiero halcón. Lo discordante se ama, la natural inclinación se olvida.

Crítica de la licantropía. Rutilio cuenta de nuevo (ver I:VII,VIII,IX) que, al matar una loba, halló muerta a sus pies una hechicera. A pesar de la docta y documentada opinión de Plinio (*Historia Natural*, VIII: 22) a favor de la licantropía, Cervantes, a través de Mauricio, deja asentado que “no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza”, y que la licantropía es “una fábula tan creída como mal imaginada”. El propio Arnaldo confiesa haberlo creído. Rutilio, el bárbaro de Siena, no interviene, pese a su evidencia personal en el tema, lo que le hace sospechoso de haber hecho un paso de danza mental.

La interpretación de los sueños. Cervantes sigue desmontando las creencias propias de la estupidez humana. Recordemos la importancia que aún en época de Cervantes tenía la inspiración y revelación a través de los sueños. Aun sin atreverse a negar del todo esa posibilidad, Mauricio explica que un inquietante sueño como el que él mismo tuvo (un palacio de madera se anega y destruye por una enorme tormenta) es debido probablemente “a los muchos manjares” o las preocupaciones de “aquellos que el hombre trata más de día” (el sueño refleja el temor de que el barco en el que están se hunda). La conclusión es que “no hay más cierta astrología que la prudencia”.

En un inesperado y genial giro literario, y después de la doble crítica, la profecía se cumple, y el capítulo XVIII termina con los dobles gritos de Mauricio: “¡Sin duda nos anegamos! ¡Anegámonos sin duda!”.

El barco ha sido abierto y taladrado por dos marineros, en la esperanza de meterse en la confusión del naufragio en un esquife junto con Auristela y Transila, a las que desean gozar. Sin embargo, Arnaldo y Periandro organizan que el esquife sea inmediatamente ocupado por Auristela, Transila, Ricla, y Constanza, y que las acompañe Mauricio; a última hora se suma al grupo Rosamunda y Antonio el mozo. Desesperado por ver frustrado su intento, uno de los marineros mata al otro con un puñal y luego se lanza al fondo de las aguas. En otra barca van Periandro, Arnaldo, Antonio, Clodio y Ladislao. No consiguen mantener el esquife cerca de la barca; así,

la tormenta separa a los amantes; Auristela de Persiles y Transila de Ladislao. **Es la segunda separación de Periandro y Auristela.**

La barca de Periandro se pierde en la procelosa narración. Podríamos aventurar que en algún momento llegan a algún lugar donde son capaces de obtener un barco, con el que se hacen a la mar en busca de Auristela y sus compañeros. Sabremos más tarde que acabarán por llegar de nuevo a la del rey Policarpo, antes que a la misma arribe la volcada nave de Auristela (ver más adelante). En la edición de Carlos Romero Muñoz se apunta en II:II (nota 12) que ciertas palabras acerca de Periandro en ese capítulo, “así como el sentido común”, sugieren que Periandro, Arnaldo, Clodio y Ladislao (y Romero Muñoz olvida a Antonio el padre) son ya huéspedes de Policarpo. Sin embargo, no se pregunta cómo llegaron allí; tampoco en el relato retrospectivo de Periandro (fin del capítulo II:XX) se aclara nada. ¿Se traspapeló un trozo del manuscrito del Persiles? ¿O es simplemente un olvido del autor de esta verdadera historia?

I:XIX (sigue)

La barca de Auristela y de las otras damas, que conduce Mauricio, es la que sigue caballerosamente la narración. Llegan a una **isla nevada**; desembarcan en una playa, pero ni hay gente ni caza. En un apartado, la lasciva Rosamunda acosa al joven Antonio. “No mires que ya mi belleza la marchita el rigor de la edad, ligera siempre, sino considera en mí a la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los más exentos hombres”. Antonio la rechaza violentamente, utilizando un pequeño exceso de erudición*, inesperada en un bárbaro y del todo inapropiada para el momento: “¡No turbes ni afees las limpias mesas de Fineo!”. Rosamunda desiste: “se le cubre el corazón”. Vuelven todos al esquife.

*Se referirá al personaje de las Argonáuticas de Apolonio de Rodas (II:285,297), Fineo, rey de Tracia, perseguido por las arpías, que robaban sus manjares y ensuciaban las mesas reales, condenándole al hambre eterna. Se entiende que Antonio insiste en llamar elegantemente “arpía” a la pobre Rosamunda.

I:XX,XXI

En ese momento aparece una nave que lanza otro esquife; desembarcan en la isla nevada dos mancebos, capitanes de la nave, que llevan consigo una enferma y desmayada doncella. Tienen concertado el pelear por su amor. Arremeten el uno contra el otro, uno muere y otro queda mortalmente herido, pero llega posterramente a besar los labios de su tan caramente comprada esposa, manchándole de sangre la cara. Al limpiársela Auristela, ve que ella también está muerta, y que no es otra que su doncella Taurisa. Recordemos ahora (I: XV,XVI,XVII) que se puso enferma y fue

enviada por Arnaldo a Irlanda con dos caballeros, que ahora han muerto por ella. Auristela lamenta su suerte. Cuando están enterrando a Taurisa, Rosamunda, abrumada por la traición del tiempo, “salteador y robador de la humana belleza de las mujeres”, y viéndose por ello “despreciada y aborrecida, en vez de estimada y bien querida”, siente que “la muerte le va pisando las faldas”. Amor fatal en la Isla Nevada.

Mauricio se pregunta qué hace Amor por estas soledades, entre nieves y hielos, entre lágrimas y sobresaltos. “En el corazón sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleitable su morada”. Pasan al barco. Se elige un nuevo capitán. Se descubre que el barco no era irlandés, como Arnaldo había pensado para dejar en él a Taurisa, sino corsario de “una isla rebelada contra Inglaterra”. Al cabo de unos días de navegación, muere Rosamunda, y le sirve el mar de sepultura, “donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio”. Digno epitafio para una bella cortesana.

I:XXII

El nuevo capitán de la nave corsaria es de la Isla de Policarpo (ver más arriba), y cuenta a Auristela y a sus compañeros el destino de la barca de Periandro, y cómo ganó los juegos y fue coronado por la enamorada princesa Sinforosa. Los celos aturden a Auristela, que no comprende por qué anda en pos de trofeos Periandro en vez de buscarla a ella. Ante la reacción de Auristela, Transila empieza a sospechar si Periandro y Auristela son más que hermanos, y Mauricio le aconseja: “no quieras saber más de nadie que aquello que quisiere decirte”.

II:I,II,III,IV,V

Empecemos con dos contradicciones. El capítulo I del segundo Libro del Persiles se inicia con la revelación para el lector de que lo que lee es en realidad una traducción. Sin embargo, poco después, el comienzo del capítulo II deja claro que ello es imposible, porque ningún traductor sabría que el autor dio cuatro o cinco principios a dicho capítulo, “casi como dudando qué fin en él tomaría”.

Una gran tormenta vuelca la nave corsaria; en el fragor de la misma, incluso Auristela llega a olvidar su pasión por Periandro: “uno de los efectos poderosos de la (*proximidad a la*) muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y llega pues a hacer que no se sienta la pasión celosa”. Dos páginas más allá, en el siguiente capítulo, se afirma con igual contundencia lo contrario: “la fuerza de los celos es tan poderosa y sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte”. Estas contradicciones de Cervantes poseen una estética misteriosa y paradójica.

El barco semihundido, volcado y quilla al aire vara en la Isla de Policarpo. Del vientre de la nave salen golpes de los allí encerrados; en presencia de Policarpo, Policarpa y Sinforosa, se abre el mismo y de él salen, como en un parto, Auristela y los suyos. Se encuentran y abrazan con Arnaldo, Clodio, y con Antonio el padre; increíblemente, no está en este punto de la narración Periandro ni Ladislao, los dos enamorados de Auristela y Transila. Por alguna razón, Cervantes aplaza tensionalmente su encuentro hasta dos páginas más tarde, sin motivo alguno.

En un apasionado diálogo, que constituye la **primera escena de amor de Auristela y Periandro**, Auristela, probablemente temiendo la influencia de Sinforosa, ruega a Periandro que espere, sin fijarse en otras, hasta que “algún día” “pueda satisfacer el deseo y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que, juntando la belleza de mi cuerpo.. a la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga”. La pasión del momento debe revelarse de algún modo, porque Clodio, como antes lo hizo Transila, sospecha de la relación fraternal de Periandro y Auristela, plantea el misterio de la pareja viajando de tierra en tierra, de isla en isla... y así se lo hace saber a Arnaldo. Se lo volverá a repetir una vez más en II:IV pero Arnaldo no querrá creerlo.

Auristela sufre una enfermedad “del alma”, y es cuidada por Sinforosa, que le cuenta cómo conoció en los juegos a Periandro, y cómo había despertado en ella un modo de deseo, una benevolencia que no llegaba a ser amor. Muy poco más allá en el relato, en una nueva plática con Auristela, concede que “muero por tu hermano”, y le pide por esposo. Auristela le recomienda que se acerque a él de forma honesta y discreta.

El comienzo del capítulo IV refiere, por boca de Sinforosa, un episodio incomprensible, que sugiere que cuando después de los juegos Periandro se marchó, Sinforosa envió a buscarle un barco cuyo capitán es el del corsario que trajo a la propia Auristela. Todo esto está en cierta contradicción con I:XX,XXII. La edición de Romero Muñoz anota adecuadamente este problema (nota 3 en I:XXIII), decidiendo, con buen sentido, que cree sencillamente que no hay modo de conciliar los pasajes.

El final de II,IV es la magnífica, fantástica **segunda escena de amor de Auristela y Periandro**, de una intensidad y profundidad que justifica por sí sola el libro entero. Auristela confiesa, en un instante de angustia, debilidad y desesperanza, que tantos viajes, tantos peligros, tanta dilación de sus mutuos deseos, pueden ya ser intolerables, ya que no se ve fin a sus desventuras; “nuestro camino a Roma cuanto más lo procuramos, más se dificulta y alarga...” y “no querría que entre temores y

peligros me saltease la muerte”. Propone que Periandro acabe apaciblemente su vida “en buen estado” en la isla, como esposo de la bella y honesta Sinforosa, y ella la acabaría entrando en religión. Pero “aquí dio fin Auristela a su razonamiento, y principio a unas lágrimas que desdecían y borraban todo cuanto había dicho”. La escena acaba quietamente llorando ambos juntos, con la mano de Auristela enjugando las lágrimas de un desmayado Periandro, “que sin que él lo sintiese, hilo a hilo le bañaban las mejillas”.

El rey Policarpo confiesa a su hija Sinforosa que está enamorado de Auristela: “el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura”.

El murmurador y malediciente Clodio sigue divulgando sus dudas, ahora en una conversación acerca de la personalidad y la relación real entre Auristela y Periandro

II:VI,VII

Por primera vez, en un monólogo en el que recuerda su reciente escena de amor con Auristela, Periandro le llama a ella Sigismunda, y se llama a sí mismo Persiles; no bien dicho su propio nombre, se muerde la lengua. Al final del capítulo, Periandro escribe, después de seis borradores, una nota en papel para Auristela: “No temas que ajenas hermosuras me enciendan, ni imagines que a tu incomparable virtud y belleza otra alguna se anteponga”. “Sigamos nuestro viaje, cumplamos nuestro voto”. En el capítulo II:VII le reiterará de la misma forma su amor, y de nuevo Persiles aflora como esposo, obscureciendo al hermano: “fui el que fue Persiles, y soy el que tú quieres que sea Periandro. El nudo con que están atadas nuestras voluntades nadie lo puede desatar sino la muerte... te ruego que no nombres más a Sinforosa”. Auristela (Sigismunda) le contesta: “Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo...”. Deciden marcharse de la isla.

Rutilio escribe una carta de amor a Policarpa, pero la rompe; Clodio escribe otra a Auristela, proponiéndole matrimonio: “no fíes, señora, de promesas remotas, y arrímate a las esperanzas propincuas...”, pero se guarda el escrito. Sinforosa, enamorada de Periandro, pese a su rango, teme no poseer méritos suficientes para llegar a su amado: “andan el temor y el amor tan apareados...”. Recomienda a Auristela que se case con Policarpo, y ella con Periandro, para permanecer todos unidos. Pero Periandro, Arnaldo y Mauricio están ya preparando la huida.

II:VIII,IX

Llega la declaración de amor de Clodio a manos de Auristela, que le expresa con “rabioso fuego” su desprecio.

Antonio el mozo recibe la visita de **Cenotia**, una señora agarena y hechicera zoroástrica de Alhama de Granada, que ha huido de España perseguida del Santo Oficio y que encontró fama y fortuna en la isla durante el reinado anterior a Policarpo (¡cosas portentosas del *Persiles!*). Cenotia acosa a Antonio, pidiéndole ser su esposa, y le persigue para abrazarle. Antonio la amenaza con su arco, y llega a dispararlo; Cenotia esquiva la flecha, que se clava en la boca de Clodio (apropiada diana para un maledicente), que en ese instante entraba en el aposento, matándole. Cenotia huye, prometiendo venganza. Antonio el padre recriminará a su hijo su actitud: “peligros semejantes no se remedian con las armas... sino con huir dellos”.

II:XI,XIII

Cenotia realiza un hechizo contra Antonio (no es para menos), que enferma gravemente. Su padre busca a Cenotia, la halla, y la amenaza “con cólera española”, pero ante su aparente arrepentimiento, la perdona. Cenotia deja el hechizo, pero va a ver al Rey Policarpo, y le comunica la posibilidad de que Periandro podría ser que no fuese hermano de Auristela, engendrando celos y rabia en el anciano rey. Dos capítulos más tarde, Cenotia sigue procurando que Policarpo castigue a Antonio, asesino de Clodio, y que procure detener a tiempo una posible huida de Auristela y los suyos.

II:XVII

Policarpo y Cenotia promueven un plan. Simularán un ataque a la isla, incendiarán el palacio, y en la confusión, gentes leales robarían a Auristela y Antonio; mientras tanto, Policarpa avisaría a Periandro y Arnaldo para que huyesen desde el puerto, donde una barca les estaría esperando. Se produce el falso ataque, se incendia el palacio, pero Policarpa da noticias a Periandro de los designios de su “traidor y enamorado padre”. Así, Periandro y Arnaldo buscan a Auristela, Mauricio, Transila, Antonio padre e hijo, Ricla, Constanza y Rutilio y, con la ayuda de Policarpa, se hacen a la mar. Descubierta la huida, se dispara sin éxito la artillería. Policarpa y Sinforosa se encuentran en una alta torre del palacio.

Lamento de Sinforosa. Sinforosa tiende la vista por el mar, y llega a ver las velas de la barca (saetía) “donde iba la mitad de su alma, o la mejor parte della”. Es un trozo magnífico de emoción y lirismo: “Amaina esas velas, o témpalas algún tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navío, cuya vista, sólo porque vas en él, me consuela”..y al poco: “¿No te parece, hermana mía, que ha amainado algún tanto las velas?”. Policarpa la lleva a la realidad: “Ay, hermana, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos”.

Los ciudadanos de la isla, concedores de lo ocurrido, deponen del reino a Policarpo, y cuelgan a Cenotia de una entena. Policarpa y Sinforosa fueron respetadas, y “la ventura que tuvieron correspondió a sus merecimientos”.

La saetía de Periandro pone proa a Inglaterra, pero una gran borrasca les amenaza y deciden refugiarse en la **Isla de las Ermitas**, así llamada porque hay dos ermitas en ella, con ermitaños franceses; en una vive Renato; en la otra, Eusebia.

II:XIX, XXI

Historia de Renato y Eusebia

El noble Renato se enamora de Eusebia, dama de la Reina de Francia. Enamorada de ella también Libsomiros, denuncia al Rey amores ilícitos entre Renato y Eusebia. Ante el rechazo de Renato, el Rey organiza una ordalía en una ciudad libre de Alemania, en el que Dios dará la victoria al que diga la verdad. Pierde Renato (“Los juicios de Dios son inescrutables”), y se destierra en una remota isla, donde levanta una ermita. Sin embargo, Eusebia quiere seguirle, y los criados de Renato la llevan a ella también a la isla. Sin duda para contradecir lo que la ordalía y los hombres hubiesen pensado, deciden darse las manos de legítimos esposos, pero convivir honestamente, para “enterrar el fuego en la nieve”, en espera de la vida eterna.

Estando en la isla Periandro y los suyos, se acerca una nave, que resulta ser de Sinibaldo, hermano de Renato, que trae buenas nuevas. Libsomiros ha tenido una enfermedad mortal, pero antes de morir ha confesado haber culpado falsamente a Renato y Eusebia, con lo que su honra les es restituida y pueden volver a Francia.

Libsomiros cuenta cómo en Dinamarca se echa en falta al príncipe Arnaldo en los negocios del rey su padre, asediado de guerras, ya que el príncipe “cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera”. Impresionado, Arnaldo decide volver a su reino, aprovechando la nave en la que volverán a Francia Renato y Eusebia; con ellos también se van Mauricio, Transila y Ladislao. Antes de partir, en III:I Arnaldo hace prometer a Periandro que “mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para reina de Dinamarca”. En la saetia de Periandro navegarán hacia España los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constanza. Rutilio, el bárbaro de Siena, toma la santa, aunque veremos que efímera, resolución de quedarse en la isla como nuevo ermitaño. Aquí se pone fin a la “Historia Septentrional” del *Persiles*.

Por razones de proximidad a los personajes, conviene contar aquí lo que fue de ellos, y que el lector del *Persiles* sólo sabrá por boca de Arnaldo al final de la novela, en IV:VIII. Es como un epílogo, fuera de lugar y tiempo, de la “Historia Septentrional”.

IV:VIII

Epílogo. Arnaldo llegó a Dinamarca y apaciguó la guerra en su país. Decide volver a buscar a Auristela, y se embarca rumbo a Italia. En su viaje vuelve a la Isla de las Ermitas; Rutilio decidió marcharse a Roma, pero otro ermitaño le ha substituido. En la Isla de los Pescadores (II,X) viven felices los antiguos compañeros de Periandro; en la Isla de Policarpo, Policarpo ha muerto, y Sinforosa permanece soltera, quizá aún añorando a su Periandro; la Isla bárbara (II:XX) se repuebla tras la guerra e incendio, y aún la bárbara profecía del Rey del Mundo se mantiene; Mauricio, Ladislao y Transila se han ido a Inglaterra; Leopoldio, rey de los danaos (II:XIII) se ha casado de nuevo y ha dejado libres a sus dos prisioneros.

III:I

La Historia Meridional comienza con el Libro III cuando Persiles y los suyos llegan a la famosa Lisboa. Pasan por Sangian (Fuerte de San Julián) y atracan en Belén, al lado del gran Monasterio de los Jerónimos.

Otro epílogo: ecos y retablo de las maravillas.

El lector de estas páginas recordará quizá en I:X al cantor y enamorado soldado portugués **Manuel de Sosa Coitiño**, caballero de la Orden de Cristo; enamorado y muerto por amor a su vecina Leonora Pereira. Otro caballero portugués, que fue liberado por Periandro de su cautividad en la isla bárbara, y que asistió a la muerte de Manuel de Sosa, le ha escrito un epitafio para poner en la capilla de su linaje: “no murió a las manos de ningún castellano, sino a las del amor...”. Se sabe que su amada Leonora murió días después de conocer la muerte de su amante.

Periandro encarga a un famoso pintor que en un lienzo grande le pintase los más principales casos de su historia, hasta aquí relatados, y que constituyen la “Historia Septentrional”. Es tal su número y variedad (desde el incendio de la isla bárbara hasta la isla de las Ermitas, o la muerte de Clodio) que no se comprende en qué tipo de cuadro piensa Cervantes, a no ser una especie de retablo de las maravillas, de los que se paseaban por las barracas de las ferias. Así parece, pues Antonio el mozo, aprovechando el cuadro, “declaraba las pinturas”, quizá con puntero y soniquete, a quienes se lo solicitaba.

No deja éste de ser un final anti-heroico para tanta y tan excelsa epopeya septentrional, del todo impropio para el concepto que Cervantes parecía tener de su Persiles. Sin embargo, el modelo de retablo de maravillas se ajusta bastante bien a la estructura formal del Persiles, constituido en gran

parte por una sucesión escasamente encadenada y argumentada de episodios exóticos, un tanto excesivos e increíbles. De hecho el propósito del presente trabajo es el de servir de puntero orientador en el lienzo heterogéneo de la narración. En todo caso, no podría excluirse una auto-evaluación de Cervantes de su propia obra, decidiendo, de forma muy cervantina, reducir al límite de lo elemental y popular lo que podría ser aparentemente concebido como una epopeya, incluso por el propio autor.

III:II,III,IV,V

Se ponen en camino de Castilla. Van a pie, como peregrinos. En Badajoz se encuentran con una compañía de famosos recitantes; uno de ellos imagina la belleza de Auristela vestida de mil formas como comedianta, y le propone pasar a la farándula. Auristela responde que tiene más altos fines. El lienzo de la “Historia Septentrional” hace pensar a uno de los recitantes en la posibilidad de escribir algo que duda en llamar comedia, tragedia o tragicomedia, pues que no conoce el desenlace. Los comediantes representan la *Fábula de Céfalo y Procris*, una historia de amor y fatalidad, inspirada en las *Metamorfosis* de Ovidio (VI-VII), y atribuida al hoy desconocido poeta Juan Herrera de Gamboa, también llamado el Maganto.

Se dirigen a Guadalupe, andando por caminos entre montes de encinas. Aparece un caballero, al que parecen perseguir otros, que les ruega lleven a dos caballeros de Trujillo, Don Francisco Pizarro y Don Juan de Orellana, un niño de pocas horas de vida, aún no bautizado, y una cadena de oro. Deja el niño en manos de Ricla; con ayuda de unos pastores, es amamantado por una cabra. Al poco llega una joven con ropas ricas, pero destrozadas, pidiendo que la escondan. En efecto, al poco llega un tropel de gente a caballo, preguntando por el caballero, el niño y la joven; al no recibir noticias, pasan de largo. Al día siguiente llevan al recién nacido a la aldea de uno de los pastores, donde le cuidará su hermana. Entonces empieza el relato de la historia de:

Feliciana de la Voz. Prometida por su padre, Don Pedro Tenorio, y sus hermanos a Luis Antonio, un mozo hijo de un riquísimo hidalgo. Pero ella está enamorada de otro mozo, Rosanio, más noble que rico, al que se le entrega por suya, y de las “destas juntas y destos hurtos amorosos se acertó mi vestido” (precioso eufemismo para decir que quedó embarazada). La siempre inoportuna suerte hace que el momento del parto llegue a coincidir con el mismo instante de la pedida de mano. El llanto del niño advierte al padre de Feliciana, que entra cuchillo en mano; la doncella entrega el recién nacido a Rosanio, y da tiempo a que la madre huya por una escalera de caracol al campo; afortunadamente, acabará por encontrarse con Periandro y los suyos. Se tranquiliza al saber de la suerte del niño, acogido en una próxima aldea por

la hermana de uno de los pastores. Probablemente el caballero que le dejó era Rosanio, y suya la cadena de oro.

Auristela, impresionada por la historia, suplica a Periandro que él vele por su honra. Llegan a la aldea a ver al niño, pero Feliciano no reconoce ni las mantillas del niño, ni la cadena que se suponía de Rosanio. Envían a la hermana del pastor con el niño a Trujillo, y ellos siguen hacia Guadalupe. En el camino, Feliciano les dice que su apodo “de la Voz” lo es porque la tiene excelente.

En un deleitoso pradecillo estaban reposando, cuando (Cervantes no deja descansar a nadie, y menos al lector), aparece tambaleándose un mancebo con una espada hincada en las espaldas, que le asomaba por el pecho. Como es su obligación, muere en escena; en su cuerpo hallan un retrato de una hermosísima mujer. Llega una partida de cuadrilleros de la Santa Hermandad, que creen que están despojando al caído, una vez que le han matado; se abalanzan contra ellos, pero Antonio el mozo, de flecha fácil, dispara contra uno y le hiere en el brazo; acuden más cuadrilleros y los detienen a todos, y los llevan a Cáceres. Los escribanos encargados de la justicia, “sátrapas de la pluma”, al ver que tienen dinero (“lana”), quieren trasquilarlos. Afortunadamente aparece un caballero que entrega al Corregidor una carta del muerto, D. Diego de Parraces, en la que advierte de su posible muerte por mano de D. Sebastián de Soranzo. Liberan a Persiles y los suyos, que continúan su camino hacia Guadalupe. Se cruzan con la hermana del pastor que ha dejado el niño con Pizarro y Orellana (miembros de las familias de las que proceden los ilustres conquistadores), que le tienen por hijo de su amigo Rosanio.

En **Guadalupe**, puesta de hinojos ante la Virgen, y levantando el corazón al cielo, Feliciano empieza a cantar. Inmediatamente su voz es identificada por su padre y hermano, que daga en mano la sacan a la calle. En ese momento llegan a caballo Pizarro, Orellana y un embozado caballero, que descubriéndose, se identifica como Rosanio, esposo de Feliciano, que pide perdón. Pizarro y Orellana abrazan al padre y hermano de Feliciano, y les piden que olviden sus agravios. Todo termina con bien. Piden a Feliciano que les escriba lo que cantaba; es un largo poema, alguno de cuyos versos está bien traído para la presente historia. La Virgen de Guadalupe “es el brazo de Dios, que detuvisteis de Abraham la cuchilla rigurosa”. Desde Guadalupe se van a Trujillo y desde allí a **Talavera**, donde se celebraba la famosa fiesta de las Mondas, que fue antiguamente de la diosa Venus.

III:VI,VII

La peregrina profesional. Encuentran a una rota, fea y vieja penitente profesional, de mala condición, que colecciona visitas a lugares sagrados: el Sagrario de Toledo, el Niño de La Guardia, Santa Verónica de Jaén, Nuestra Señora de la Cabeza en

Andújar. Antonio el padre dice que “estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hacen granjería de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable, con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres”.

Historia de Ortel Banedre, el jinete polaco. Aparece un jinete, que accidentalmente cae delante de Periandro y los suyos. Cuenta que en Lisboa mató hace ya tiempo en inesperado lance callejero a un embozado portugués; huyó y se refugió en una casa, donde entró en el aposento de una dama, Doña Guiomar de Sosa, que le prometió ayuda y accedió a esconderle en un hueco tras un tapiz. Entraron criados, que le trajeron la mala nueva de la muerte de su hijo Don Duarte, y que vieron a su posible asesino entrar en la casa. Pese a su dolor, la palabra de la dama prevaleció, y el caballero no sólo no fue denunciado, sino que se le facilitó la huida. Se fue en barco a las Indias Orientales, donde pasó quince años. Vuelve a Lisboa y parte hacia Madrid.

En un mesón de Talavera encuentra una moza, **Luisa**, de hasta dieciséis años, que “al pasar junto a mí me pareció que olía aun prado lleno de flores el mes de mayo”, aunque otra moza, Martina, la califica de “algo atrevidilla y algún tanto libre y descompuesta”; e indica que posiblemente se case con Alonso, también mozo del mesón. Ortel Banedre, enamorado de ella, la pide en matrimonio a su padre, que accede al enlace. Poco dura el matrimonio, ya que Luisa, quince días después, con ayuda de Alonso, huyó de Talavera con joyas y dineros. Pero han apresado a Luisa y Alonso en Madrid, y va allí a procurar adecuada venganza.

Periandro le recomienda que no aumente ni divulgue su deshonra, y que se limite a repudiar a su esposa Luisa; accede Ortel, y vuelve a Talavera. Para los lectores que quieran saber ahora lo que sucedió finalmente con Luisa y Ortel, ver III:XVI y IV:V.

III:VIII,IX

Nuestros peregrinos llegan por la Sagra al celebrado Tajo, y al poco ponen la vista en la gran ciudad de Toledo.

La fiesta de las doncellas. Por los valles que la rodean se acercan escuadrones de hermosas doncellas de rubios cabellos “suelos por las espaldas, pero recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores”; “todas eran flores, todas rosas, todas donaire”. Al pasar cerca de los peregrinos, un alcalde toma por el brazo a una de las mozas, que resulta ser Tozuelo disfrazado de mujer (lo de “todas eran flores” cobra aquí un sentido equívoco), para acercarse a la hija del alcalde, Clementa Cobeña. Tozuelo es hijo de otro alcalde, también allí presente. Otra moza aclara que Clementa está encinta de Tozuelo; ella lo confirma: “ni he sido yo la primera, ni seré

la postrera que haya tropezado y caído en estos barrancos”. Todos acceden en que los donceles se den las manos, “y pasó el baile adelante”.

Pasan por Aranjuez, “vieron la junta... de los dos hermosos ríos, Henares y Tajo”, y de allí a Ocaña (*Cervantes considera que el Jarama es mero un afluente del glorioso Henares, y no al contrario, como algunos envidiosos propugnan*). Se aclara que ya no se persigue a Antonio el bárbaro por tierras de Quintanar (ver I:V,VI), ya que quedó demostrado que la pendencia fue a la legítima luz de las armas. Llegan a Quintanar, y Antonio se llega a ver a su anciano padre, Diego de Villaseñor, pero le dice que encontró a su hijo en lejanas tierras; conoce también, sin darse a conocer, a sus hermanas. Los Villaseñor dan hospitalidad a todos; una vez más, de forma extrañamente oportuna, aparece en ese instante una comitiva con un hombre como muerto, un rico conde que ha sido agredido por un grupo de soldados rebeldes, cuando intentaba mediar en una pendencia entre soldados y vecinos. El conde es amorosamente atendido en sus heridas por Constanza y las hermanas de Antonia; agradecido, y a punto de morir, ofrece desposarse con Constanza; muere el día después. Inmediatamente, Constanza expresa su intención de ser monja, pero, inteligentemente, Auristela la reconviene diciendo que “las obras de servir a Dios no han de ser precipitadas, ni que parezca que las muevan accidentes”. Deciden continuar la peregrinación a Roma Periandro, Auristela, Constanza y Antonio hijo.

III:X,XI,XII

Llegan a un lugar “de cuyo nombre no me acuerdo” (¿la patria de Don Quijote?; recordemos que Quintanar está al lado de El Toboso); en la plaza encuentran dos mancebos, en trajes de ex cautivos, contando sus desventuras descritas en un lienzo, en presencia de los alcaldes.

Historia de los falsos cautivos. Enseñan en el lienzo la ciudad de Argel, y luego al turco Dragut “el orejudo” en su galeota, que azota a los remeros cristianos con el brazo muerto de otro cristiano cautivo; cuentan acerca de los insultos recibidos. Sin embargo, uno de los alcaldes había sido cautivo en Argel y en la galeota de Dragut, y pone en evidencia que jamás habían estado allí. El alcalde les condena a ser paseados en asno por el pueblo, “que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres”. Confiesan que son estudiantes de Salamanca; compraron el lienzo a otros cautivos, que quizá también eran falsos, y que van a enrolarse de soldados, que no tienen otro oficio.

Les perdonan, ya que “ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo”. Se marcharán hacia Cartagena.

Camino de Valencia, Bartolomé, el guiador de los bagajes de la expedición, hace una **reflexión astronómica** a la salida del sol. Periandro le dice que debe entender “por verdad infalible que la tierra es el centro del cielo” (el lector debe estar ya avisado acerca de la realidad de las verdades infalibles).

Llega un carro escoltado por seis arcabuceros, y uno a caballo con escopeta en el arzón, que llegándose a Periandro le pide si tiene alguna “conserva de regalo” para un **desmayado muchacho** (veremos más tarde que es Ambrosia Agustina; III:XII) que va en el carro, tiznada la cara y que no quiere probar bocado, condenado con otros doce soldados a galeras por la muerte del Conde. Apenada, Constanza le da una caja de conserva (¿dulce de conserva?). Se separan los caminos del carro y los peregrinos.

Llegan a un **lugar de moriscos** cercano a la Marina de Valencia (probablemente en las cercanías de Altea, o quizá de Denia, donde primero pisó tierra española Cervantes al salir de su cautiverio en Argel), donde son recibidos con hospitalidad. Antonio dice: “yo no sé quién dice mal de esta gente, que todos me parecen unos santos”. Un anciano morisco los invita a su casa, donde son servidos por su bella hija Rafala, “que las gracias que naturaleza reparte, tan bien suele favorecer a las bárbaras de Citia, como a las ciudadanas de Toledo”. En un aparte, Rafala les advierte que se trata de una falsa hospitalidad, ya que por la noche desembarcarán dieciséis bajeles de **piratas berberiscos** para apresarlos; recomienda que se refugien en la iglesia. Efectivamente, los piratas atacan el lugar y sólo gracias a las puertas de hierro de la iglesia pueden Periandro y los suyos resistir. Cuando ya se han marchado las naves berberiscas, aparece Rafala y su tío, que se confiesan cristianos.

¿Señores, pedirlos he o darlos he? Son las palabras con las que encara a los peregrinos una hermosa zagala valenciana, al salir de Villarreal. Rápidamente, Periandro le responde: “si son celos, ni los pidas ni los dés”. “Bien has dicho”, responde la villana, y desaparece.

III:XII

Viendo a lo lejos Montserrat, llegan a Barcelona, a tiempo de ver cómo a su playa llegaban cuatro galeras españolas; de una de ellas sale un esquife con una joven dama (veremos que de nombre Ambrosia Agustina), que, al llegar a la orilla y cruzarse con Constanza, le dice que le acompañe, que quiere saldar una deuda que con ella tiene.

Ambrosia Agustina. Es hermana de Bernardo Agustín, jefe de las cuatro galeras. En Aragón, y en ausencia de su hermano, el caballero de Alcántara Contarino de Arbolanchez la pretende, y ella “por su fácil condición” le hizo señor de su persona. El mismo día en que le dio la mano, recibe una carta del Rey para conducir un Tercio a Malta para combatir al Turco. “No queriendo coger los frutos del matrimonio con

sobresalto” parte de inmediato. Ambrosia decide seguirle, disfrazada de soldado; en el camino a Cartagena, los soldados tienen pendencia con la gente de un pueblo de la Mancha (ver III:IX) y un conde resulta herido. Prendidos por la justicia, se encaminan a galeras. Ambrosia era el desmayado muchacho al que Costanza socorrió con su conserva. Cuando llegaron a Cartagena, ven que por su debilidad no vale de remero; ella se desmaya y conocen que es mujer. Al despertar, se encuentra entre los brazos de su hermano y su esposo, a cargo de la galera.

III:XIII,XIV,XV

Pasan a Francia por Perpiñán, y paran en un mesón.

Dos hombres juegan a los dados. Los ministros del rey dan veinte ducados a un sujeto; se los debe jugar a los dados con otro; el que pierda irá seis meses a las galeras reales. Pierde uno de ellos, pero en ese momento llega su mujer con dinero; “no es el vicio, sino la necesidad, lo que le hizo tomar este dinero. Él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere a costa de su trabajo sustentarme a mí y a sus hijos...”. Nuestros peregrinos, y en especial la tesorera Constanza, arreglan la situación, rescatando a los pobres perdidos.

Siguen su camino y por el Languedoc llegan a la Provenza. En otro mesón hallan a tres damas de extremada belleza. Un criado que las acompaña habla de ellas a Periandro.

El Duque de Nemurs y las tres damas francesas. El duque de Nemurs ha enviado a algunos criados suyos a distintas partes de Francia a buscar las más bellas y principales damas. Encuentran tres: **Deleasir**, la más pobre; **Belarmina**, medianamente rica; y **Feliz Flora**, rica de verdad. Colahan (cita 10 de III:XIII edición CRM) sugiere que serían las Tres Gracias: Deleasir es del francés “de loisir” (“del ocio placentero”, y correspondería a la Gracia Eufrosine), Belarmina es “bello armiño” (sería la Gracia resplandeciente, Aglaia), y Feliz Flora sería “la floreciente” (esto es, la Gracia Talía).

El criado principal ruega a Periandro que le permita llevar consigo un retrato de la bella Auristela, y le pregunta si es libre. Periandro le dice que lo es, y que él es su hermano, aunque sabe que sólo ella rendirá su voluntad al príncipe del cielo. El pintor está tan impresionado de la belleza de Auristela que cree poderla pintar de memoria. Se separan de las damas.

Bartolomé, el mozo de equipajes, sigue rumiando la historia del hombre que, por favorecer a sus hijos, estuvo a punto de venderse a sí mismo a los dados. Periandro

discute que el amor de los padres por los hijos no tiene trabajo alguno, que es como descendiendo; y por el contrario el de los hijos por los padres es más trabajoso, como ascendiendo.

Las caídas de Periandro y Antonio. Llegan a una ciudad, y estando al pie de la torre ven una figura de mujer (Claricia) que, habiendo sido arrojada desde el campanario, desciende sin embargo suavemente, “sirviéndole de campana y de alas sus propios vestidos”. Grita que alguien entre en la torre y salve del peligro mortal a sus hijos y otras gentes. Periandro sube a la cumbre y lucha con un loco armado con un cuchillo; en la pugna ambos caen; el loco (Domicio) es traspasado por el arma; Periandro resulta mortalmente herido por el impacto en el suelo. Auristela, se lanza sobre el cuerpo de Periandro y “sin respeto alguno, puesta su boca con la suya...” intenta recibir lo que de alma le quede.

Llega, avisada del suceso, la comitiva de las tres damas francesas, pero cuando están a punto de apearse, es atacada por una partida de hombres armados; uno de ellos, el capitán, se lleva en su caballo a Feliz Flora. Antonio dispara tan certeramente una flecha que pasa al salteador de parte a parte sin tocar a la raptada. Es (se verá en III:XV) Rubertino, que, llevado de vicioso amor, pretendía a Feliz Flora y no se satisfizo de su honesta negativa. Los otros bandidos se vuelven contra Antonio, y uno de ellos le hace caer gravemente herido; su hermana Constanza se abraza a él.

En su dolor, Auristela delata la personalidad y rango de Periandro: “¡Cuán cierta la tendrá (la sepultura) la reina, vuestra madre, cuando a sus oídos llegue vuestra no pensada muerte!”. Claricia, la dama caída de la torre, les brinda hospitalidad en la casa del conde Domicio, su señor, que en su locura ha desencadenado todo este espantable suceso.

Historia del Conde Domicio. Antes de que Domicio se desposase con Claricia, andaba enamorado de una pariente suya, Lorena. Después de casados, Lorena sigue haciendo presentes a Domicio, y entre ellos unas ricas camisas. Al igual que Deyanira hizo con Hércules, no bien se puso una de ellas, perdió los sentidos, y cuando los recobró los tenía “tan turbados y trocados” y su personalidad se hizo tan agresiva, que fue necesario tenerle en cadenas. Estando Claricia en la torre, y habiéndose soltado el loco de sus prisiones, sube y tira a su mujer, y aún habría tirado a sus hijos, de no ser por la afortunada aparición de Periandro.

Periandro, creyéndose morir, dice a Auristela: “Hermana, yo muero en la fe católica cristiana y en la de quererte bien”. En la fe de “quererte bien”, tan excelsa como la otra. En un mes o poco más mejoraron sin embargo los heridos; Feliz Flora ha cuidado de Antonio y se ha enamorado de él.

Siguen su camino; hay que vadear un río; Belarminia se arroja al agua, y es seguida por todos. A la mitad de la corriente, cae Feliz Flora, pero el cortés Antonio la toma en brazos, y “como a otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera”.

III: XVI, XVII, XVIII

Sospechando quizá el autor de esta verdadera historia que algunos lectores podrían quizá falsamente considerar algunos de los lances que en ella suceden como propios de la imaginación del autor, más que puntual reflejo de lo que ocurrió en la realidad, incluye al comienzo de este capítulo una advertencia a este propósito. “Cosas y casos suceden en este mundo, que si la imaginación, antes de suceder, pudiera hacer que así sucedieran, no acertara a trazarlos; y así muchos por la raridad con que acontecen, pasan plaza de apócrifos, y no son tenidos por tan verdaderos como lo son...”.

Llegan a una casería, que también es mesón, y la primera persona que se llega a Constanza es ni más ni menos que Luisa, la talaverana mujer de Ortel Banedre, el jinete polaco (III:VI,VII), que había quedado presa en Madrid. Se queda sorprendida de que Constanza, Periandro y Auristela conozcan tan bien su historia. Les cuenta que el mozo con el que fue apresada murió en la cárcel, y ella fue sacada de ella por su nuevo amante, un soldado que ahora con ella está.

Bartolomé, admirado y espantado, introduce a Periandro y Auristela a unos remotos aposentos cubiertos de luto, y también a una de las más bellas historias incluidas en el *Persiles*, que les es relatada por un también enlutado anciano.

Historia de Ruperta, mujer del conde Lamberto de Escocia. En los enlutados aposentos se aloja Ruperta, que fue apenas hace un año mujer del conde Lamberto de Escocia. Siendo doncella, Ruperta había sido requerida por el viejo viudo Claudino Rubicón, caballero principal “a quien las riquezas y el linaje le hicieron soberbio”, y fue de ella desdeñado, para casarse con el conde. Rubicón tiene un hijo, Croriano, de veintidós años, gentilhombre en extremo. Yendo en camino a una villa suya Ruperta y Lamberto, en un despoblado se encontraron con Rubicón y sus hombres. Rubicón se acerca a Lamberto, inocente e ignorante del caso, y le envaina la espada en el pecho: “Tú me pagarás lo que no me debes...” y huye sin recuperar su espada. Vuelven para enterrar a Lamberto, pero Ruperta manda que se le corte la cabeza, pues quiere guardar su calavera en una caja de plata. Sobre la caja impone sus manos y jura al cielo que enlutará sus aposentos, y tendrá siempre a su lado la calavera, la espada que dio muerte a Lamberto, y la camisa de su esposo manchada de sangre, hasta el día en que pueda vengarse de Rubicón. Ahora se dirige a Italia para

recabar ayuda de sus príncipes contra el matador de su esposo y todos sus descendientes, “que la cólera de la mujer no tiene límites”.

Periandro y los suyos llegan a ver desde un lugar oculto a Ruperta, en sus aposentos del mesón.

Ruperta es “hermosa en todo extremo, con blanquísimas tocas...”. Sentada está frente a una mesa, sobre la cual está la calavera en la caja de plata, la espada y la camisa; se levanta y revalida su voto y juramento de venganza. *Cervantes (o quien fuese el autor de esta historia) se dirige ahora al lector: “¿Véisla llorar, véisla suspirar...? Pues esperad no más de hasta la mañana, y veréis cosas que os den sujeto para hablar de ellas mil siglos...”*. Entra en el aposento de la dolorida uno de sus criados, “como si se llegase una sombra negra”, y le anuncia la llegada al mesón de Croriano, el hijo del odiado Rubicón. Ruperta pide que nadie mencione que ella está allí alojada. *Cervantes, llegado este momento, se sorprende de cómo el historiador de esta verdadera historia pudo saber con precisión lo que Ruperta sólo tenía en sus pensamientos: “Ella quedó sola y pensativa, y no sé cómo se supo que había hablado a solas estas o otras semejantes razones”*. Su odio se dirige a Croriano, y “mi venganza será mayor cuanto fuere menor su culpa”. Sobornando a un criado, pide ser introducida y escondida en la cámara de Croriano; el criado “no pensó sino que hacía un gran servicio a su amo llevándole al lecho una tan hermosa mujer como Ruperta”. Jugando con un genial y calculado equívoco, Cervantes deja a Ruperta, armada de un cuchillo, “sepultada en maravilloso silencio, estuvo esperando la hora de su contento”, y a continuación, “que (el contento) le tenía puesto en la de la muerte de Croriano”. Llega a descansar Croriano, y queda dormido. Se acerca Ruperta linterna y cuchillo en mano. Pero *Cervantes de nuevo interviene en la narración: “¡oh hermosa Ruperta! Si quieres (venganza), que no mires a ese hermoso Cupido que vás a descubrir, que se deshará en un punto toda la máquina de tus pensamientos”*. Descubriendo el rostro de Croriano para exponer el cuello al acero vengador, halló en él “la propiedad del escudo de Medusa”, que la hermosura del rostro la convirtió en mármol, y se le cayó el cuchillo de la mano, haciendo espantarse a las sombras de la muerte. La linterna cae sobre el pecho del dormido, que se despierta, “y conoció a la bellísima viuda, como quien ve a la resplandeciente luna, de nubes blancas rodeada”, que le ruega que él no le quite la vida. En un magnífico parlamento, Ruperta le explica lo que esa noche ha pasado allí. Croriano le responde: “si quieres que te entregue la mía (mi alma), recíbeme por tu esposo...” “si no eres fantasma que me engañas...”. Ruperta, sin ambages, le dice: “Dame esos brazos... y verás, señor, como mi cuerpo no es fantástico...”. Así, “triunfó aquella noche la blanda paz desta dura guerra” y “amaneció el día, y halló a los recién desposados cada uno en los brazos del otro”. Como en los tiempos del famoso Don Quijote, “volvióse aquél mesón en alcázar real, digno de tan altos desposorios”.

Las intervenciones en la narración del escritor, comentando o incluso aconsejando a los personajes, cumplen en esta historia de corte clásico el papel del coro de la tragedia.

Entra entonces en el mesón un venerable anciano, el famoso **padre Soldino**, “judiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña a adivinar”. Insta a todos a que se pongan a salvo, porque se va a engendrar un **fuego en el mesón**. Así en efecto sucede, y la casa arde todo el día; se protegen en el bosque (la selva), donde hallaron **una ermita**, y dentro de ella una puerta que parecía serlo de una cueva oscura, a donde invita Soldino a pasar a Periandro, Auristela, Constanza, Antonio, las tres damas francesas, Ruperta y a Croriano. Bartolomé y Luisa están pensando en dejar a nuestros peregrinos, yendo a Roma por su cuenta. Por la cueva se llega a un **secreto valle**, donde Soldino “es señor de sí mismo” y donde se ha dedicado al estudio de las matemáticas y la astronomía. Pronostica un feliz destino a Periandro, Auristela (“tu hermana Auristela no lo será presto”) y a los suyos, así como a Ruperta y a Croriano; también conoce que Bartolomé y Luisa se han marchado con el caballo y el bagaje (lo que les pasará se verá en IV:V).

III:XIX,XX,XXI

Antonio quiere perseguir a Bartolomé y Luisa, pero Soldino le asegura que el primero, arrepentido, devolverá lo robado. Se cruzan con el capuano Alejandro Castrucho y una dama, toda vestida de verde, que es su sobrina **Isabel Castrucho**, nacida en España y que a la muerte de su padre va a Capua a ser casada, probablemente contra su voluntad. Veremos lo que será de ella en el siguiente capítulo. Al poco, efectivamente, vuelve Bartolomé y restituye el equipaje, comunicando que ha determinado “ser soldado bajo la bandera” de Luisa. Aunque le desaconsejan que así haga, parte con ella lleno de amor y de simpleza.

Entran en Milán, y aquel día era día de la Academia, en que se disputaba la crítica cuestión de si podría haber amor sin celos. Los peregrinos discuten de la misma; la opinión de Periandro es que puede haber amor sin celos, pero no sin temores. Pasan cuatro días en Milán, y de allí pasan a Luca “que debajo de alas del imperio y de España se descuella”.

La falsa endemoniada. En la posada de Luca, sale un médico diciendo a la posadera que no acaba de decidir si una doncella que acaba de ver está loca, endemoniada o ambas cosas. Auristela y Constanza solicitan verla, y ven, atada a la cama, una hermosa muchacha de unos dieciséis años; apenas ve a las recién llegadas, a las que se han sumado Ruperta y Feliz Flora, se identifica como Isabel Castrucho; quiere hablar, pero cae desmayada. Acuden sacerdotes para alejarle al demonio, pero ella se despierta, y ante el asombro de todos dice que sanará en cuanto llegue a la

ciudad Andrea Marulo, hijo de Juan Bautista Marulo, y estudiante en Salamanca. Cuenta que en España conoció a Andrea, al que “yo vi en una iglesia, y le miré tan de propósito...”. En III:XXI Isabel propone una más romántica versión del primer encuentro, tomado en parte del famoso poema de Pérez de Hita, *Guerras Civiles de Granada*: le conoció “no fue si no en Illescas, cogiendo guindas la mañana de San Juan, al tiempo que alboreaba...”. Decide tomar la iniciativa y mandarle un billete, diciéndole que se fijase en ella, y que iba a casar, contra su voluntad, con un primo suyo. Andrea responde que ya la había visto, y la haría si pudiese señora del mundo, y que se mantenga firme hasta que él vuelva, luego de acompañar primero a un amigo a Salamanca. Al otro día su tío concertó el viaje a Italia, y ella puede dejar una nota diciéndole que en Luca se fingirá endemoniada, lo cual no es del todo incierto, “que una legión de demonios tengo en el cuerpo, que es lo mismo que tener una onza de amor en el alma”. Ruperta, Auristela, Constanza y Feliz Flora le ofrecen ayudarla. En el capítulo III:XXI llegarán a la posada primero el padre de Andrea, y al fin Andrea mismo, enamorado, atontado y loco, que ahuyenta al fingido demonio y al que Isabela le da la mano de esposa. Auristela rubrica: “Bien se la pueda dar, que para en uno son”, y los sacerdotes dan por válido el matrimonio. El tío de Isabela muere allí mismo al ver sus propósitos contrariados (*Cervantes acostumbra a veces a quitarse de encima personajes de forma totalmente expeditiva*). En este episodio se hace coincidir un matrimonio, una muerte y un bautizo (de un hermano de Andrea).

IV:I

Ruperta y Croriano siguen preguntándose quiénes son Periandro y Auristela, Antonio y Constanza.

En una tercera escena de amor entre Periandro y Auristela, complementaria a la que disfrutamos al final de II:IV, Periandro le dice a Auristela que puesto que “ya los aires de Roma nos dan en el rostro”, “ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesión esperada”, y le pide a ella que “mire si estás en la entereza primera”. En él nada ha cambiado: después de tan largos y duros trabajos, “de mí sé decir ¡oh hermosa Sigismunda! que este Periandro que aquí ves es el Persiles que en la casa de mi padre viste”. Auristela se maravilla de que Periandro dude de su fe, y le asegura que “sólo una voluntad ¡oh Persiles! he tenido en toda mi vida...la cual tan entera y firme está ahora como el primer día que te hice señor della; la cual, si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado”. Periandro concluye: “que a gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen”.

Están ya sólo a una jornada de Roma.

Flor de aforismos peregrinos: el código ético del *Persiles*

Aparece un gallardo peregrino con una escribanía bajo el brazo; trata de escribir un libro en el que se recojan los aforismos de distintas personas que quieran resumir lo que de la vida han aprendido.

En este primer capítulo del último libro del Persiles, Cervantes parece tener interés en resumir la enseñanza moral de su obra, obligando a sus personajes peregrinos a reflejar sus conclusiones éticas basadas en las experiencias que les ha obligado a vivir. El resultado está a nuestro juicio muy por debajo de los contenidos y enseñanzas morales de la obra, por lo que su lista de aforismos debe ser sin duda completada por los que el lector, finalmente compañero invisible del peregrinaje, sea capaz de añadir. A continuación ofrecemos los seis primeros, que son los que se pueden deducir de forma bastante explícita de lo contenido en IV:I. Las demás enseñanzas morales del Persiles detectadas por este lector se recogen en el Apéndice.

1. Elogio de la buena voluntad: el bien llega con la voluntad de hacerlo, aunque en ese momento no se esté haciendo el bien (Luisa, la peregrina de Talavera).
2. La estupidez (liviandad) es una carga pesada para el que se encuentra cerca del estúpido (Bartolomé el Manchego).
3. El honor está por encima de la supervivencia a toda costa (Croriano, Belarminia). El mantener el honor en las situaciones críticas (la guerra) está por encima de otros méritos (Antonio el Bárbaro). El deber a veces implica el olvido de sí mismo (Constanza). Sin embargo, las pulsiones personales (fuerzas del gusto) pueden constituir un mandato legítimo (Feliz Flora).
4. La Belleza implica el Bien (honor, honestidad); sin él, es sólo buen parecer (Ruperta). Hay que contar con que el azar (la Fortuna) interviene en los sucesos humanos (Deleasir). Sin embargo, la Fortuna o el Tiempo no deshacen el Bien (Auristela).
5. Es feliz el que sabe que alguien (¿Alguien?) te está mirando cuando haces el bien (Periandro, sin duda refiriéndose aquí a Auristela).
6. No desees, y lo tendrás todo (Diego de Ratos, citado por el peregrino de la escribanía).

IV:II,III

Cuando, ya a la vista de Roma, descansan en una amena selva, descubren, colgando de un árbol, un retrato de Auristela, y bajo él está la hierba de sangre teñida. Es del **duque de Nemurs**; poco más allá, también cubierto de sangre, reencontramos al príncipe **Arnaldo**, que abraza los pies de Periandro y Auristela. Han peleado por el retrato, que es el que realizó de memoria el pintor del duque (III:XIII), y que llevó a París. El duque, enamorado, salió inmediatamente en busca de Auristela, y se encontró con Arnaldo, que reconoce a la retratada e inicia la pelea. Periandro hace

venir cirujanos de Roma, y se curan los heridos. Tras ocho días, todos siguen su camino.

Hallan a otro peregrino, que declama un **soneto en honor de Roma**, para compensar otro de un poeta español “en vituperio desta insigne ciudad y de sus ilustres habitantes” (ver Lara Garrido, en nota 6 de IV:III, edición CGM).

Entran en Roma; han previsto alojamiento en la casa del judío Manasés, “que la tiene aderezada como una casa real”. Los romanos quedan deslumbrados por la belleza de Auristela, Constanza y las tres damas francesas. “Yo apostaré que la diosa Venus, como en tiempos pasados, vuelve a esta ciudad a ver las reliquias de su querido Eneas”, dice un romano que “a lo que se cree, debía ser poeta”.

IV:IV,V

Arnaldo pide a Periandro la mano de su hermana Auristela; el duque de Nemurs pide a Croriano que interceda con Auristela para ser recibido como esposo. Ambos prometen “reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, a lo menos hasta que Auristela se declarase”. Auristela está sin embargo con la sola idea de acrisolar su fe católica.

Llega una carta de **Bartolomé** (que dejamos con Luisa la Talaverana en III:XVI) dirigida a Antonio, en la que cuenta que el soldado que sacó a Luisa de España (se refiere en el mismo capítulo) la halló en Roma, “asentóla la mano en mi presencia” y Bartolomé le mata. Huyen, pero aparece entonces el marido de Luisa, el famoso Ortel Banedre (que dejamos en III:VI,VII), que también les ataca; Luisa le mata de una cuchillada. Les prenden, y los sentencian a la horca. Sugiere que intervengan a su favor ante los jueces.

Cervantes, en su interés de dejar anudadas las historias pendientes, hace acudir a pares los amantes de Luisa (algún mérito tendría la moza talaverana), y los suprime de un plumazo (nunca mejor dicho).

Croriano interviene para parar la ejecución cerca del embajador francés, y en seis días están en la calle, “que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades”. Se verá en IV:VIII que finalmente se casan Luisa y Bartolomé.

Credo. Auristela profundiza en los misterios de la fe con la ayuda de los presbíteros penitenciarios, directamente nombrados por el Papa. Se repasan las verdades dogmáticas, y en particular el profundísimo Misterio de la Trinidad. Periandro parece

también estar presente, ya que “estas lecciones alegraron sus almas, que las sacó de sí mismas y se las llevó a que paseasen los cielos...”

La redacción cervantina del misterio trinitario ha dado lugar a ciertas sospechas de heterodoxia: “convino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que, como hombre, Dios pagase por el hombre y Dios pudiese pagar como Dios...”. Si existe cierto tufo socinianista, no está desde luego muy claro; la doctrina tridentina parece mucho más patente. En todo caso, el subrayar la naturaleza humana del Hijo correspondería bien al propósito general que podría atribuirse a Cervantes para el conjunto del Persiles (ver nuestro comentario final), el deseo de integrar los principios corporales y espirituales de la existencia humana.

IV:VI,VII,VIII.IX,X,XI

Tras la profesión de fe, el voto que trajo a Auristela a Roma está cumplido, y “podía libre y desembarazadamente recibirle (a Periandro) por esposo”. Ella teme la reacción de Maximino, el hermano de Persiles, al que estaba prometida, al saber del matrimonio.

El retrato de Auristela. En una calle de Roma aparece un retrato de Auristela, de cuerpo entero, de un famoso pintor que lo ha copiado de otro en Francia, al parecer inspirado en un original pintado en Portugal. Auristela lleva una corona partida en la cabeza, y los pies se apoyan en una esfera.

La gente va reconociendo a Auristela por la calle, y Periandro la anima a velarse: “cúbrase el rostro con algún velo, porque tanta luz ciega, y no nos deja ver por dónde caminamos”.

Es un pasaje de claro aspecto alegórico, que podría indicar la luz divina que Auristela va adquiriendo en Roma, la meta de su peregrinación. La corona partida podría indicar que ha de ser compartida en la gloria con otra media corona de Periandro, y el globo bajo sus pies que a ese estado de plenitud le ha llevado su larga peregrinación a lo largo y ancho del mundo.

Arnaldo y Nemurs quieren ambos comprar el retrato, y ambos pujan por él con las más valiosas joyas. El gobernador de Roma, extrañado del asunto, hace llevar el retrato a su casa y prende a ambos peregrinos. Antes de perderlo, el pintor se lo vende a Periandro.

El museo del futuro. Es un museo de un clérigo, con muchas tablas de personajes ilustres, especialmente poetas, que estaban por venir en los venideros siglos. Entre ellos, Torcuato Taso y Francisco López de Zárate.

La tentación de Periandro. El judío Zabolón invita a Periandro a conocer a Hipólita la cortesana, una de las mujeres más bellas de Italia; accede por curiosidad. Hipólita ya se ha fijado amorosamente en Periandro. Cuando llegan a la casa, preparada como para “tálamo de bodas”, Periandro y Zabolón, Hipólita está despidiendo a su chulo, “hombre acuchillador”, Pirro Calabres; tras ello, se lanza a los brazos de Periandro, diciendo impudicamente que “es verdad que tengo que ver si son tan valientes los españoles como tienen la fama”. Periandro la rechaza (recordemos que es en realidad un escandinavo), pero ella le lleva a su camarín, ornado con cuadros de Rafael y Miguel Ángel, con mesa puesta y música de trinos de pájaros, que “a él le pareció cuanto había oído decir de los huertos hesperídeos...”. Hipólita abre la esclavina de Periandro, descubriendo una cruz de diamantes que había sobrevivido a tantos trabajos y aventuras. Periandro logra huir, dejando algunas de sus prendas en manos de Hipólita; ella clama por la ventana hacia la calle, acusándole de ladrón de esa joya. Le prenden y le llevan ante el gobernador. Llegada Hipólita, es incapaz de describir con detalle la cruz, con lo que se libera a Periandro. Ante las preguntas del gobernador, Periandro reitera que es el hermano de Auristela, y que, de acuerdo con ella, dirá en su momento quién es él.

La enamorada Hipólita, rumiando su inesperado fracaso con Periandro, sospecha si en realidad Auristela no es su hermana. Concibe la muerte de Auristela para permitir a Periandro volver a sus brazos. Habla con Zabolón, que a su vez lo hace con Julia, una temible hechicera romana.

Auristela a las puertas de la muerte

A Auristela “no le contentó nada los amores de la cortesana”, y sufre de “las musarañas de los celos”, tanto más cuanto que “cuando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio”. Por efecto del conjuro de la hechicera, Auristela enferma; tiene escalofríos, pierde el apetito, muda de color, se turba su palabra. El mismo desmayo se apodera de Periandro, por sólo verla así. Al verla enferma, al duque de Nemurs se le enfría el amor, ya que “feísima es la muerte, y quien más a ella se llega es la dolencia”. Por el contrario, “Sólo Periandro era el solo, sólo el firme, sólo el enamorado, sólo aquel que con intrépido pecho se oponía a la contraria fortuna y a la misma muerte”. Nemurs se va cuando “el ángel de la luz de Auristela se había vuelto el de tinieblas”; cuando se despide de ella, Auristela le devuelve su retrato, pero Periandro le ruega quedarse con él. Arnaldo “estuvo determinado de acompañar al duque” pero finalmente se queda cerca de Periandro y Auristela.

Por amor a Auristela, Periandro también ha enfermado, e Hipólita se da cuenta de que “muriéndose Auristela moría también Periandro”, y quizá muriendo Periandro moriría ella misma. Pide a la hechicera que mitigue el rigor de sus hechizos.

Comienza Auristela a mejorar, “comenzó el sol de su belleza a dar señales y vislumbres de que volvía a amanecer en el cielo de su rostro”.

La tentación de Auristela

En uno de los pasajes más dramáticos y románticos del Persiles (IV:X), Auristela llama a su hermano Periandro. “Nuestras almas... están siempre en continuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su centro”. Segura de que Periandro querrá lo que ella quisiere, le agradece lo que por ella ha hecho; de padre, hermano, sombra, amparo, ángel de la guarda, enseñador, maestro y guía para llegar a ser cristiana; ahora quiere irse al cielo, sin rodeos, y le pide le devuelva su palabra de esposa para esposarse con Dios, ofreciéndole casamiento con su hermana en el remoto norte.

Periandro imagina que Auristela le aborrece, y conoce que “dejando ella de ser su esposa, él no tenía para qué vivir en el mundo”. Sin poder responder palabra, Periandro se levanta tristemente y sale del aposento. Entran Antonio y Constanza, que la oyen decir: “confieso que la compañía de Periandro no me ha de estorbar de ir al cielo; pero siento que iré más presto sin ella”. Constanza le recrimina que esté sugiriendo que Periandro es algo más que su hermano, ya que “Si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversación que con él tienes; y si lo es, no hay para qué te escandalices de su compañía”.

Auristela vuelve del todo en sí, y reconoce a Constanza: “no sé si Periandro es mi hermano o no; lo que te sabré decir es, que es mi alma por lo menos: por él vivo, por él respiro, por él me muevo, por él me sustento”. Antonio le increpa: “No te entiendo, señora Auristela... dinos ya quién es y quién eres...”. Ella acaba por confesar que ambos son príncipes y ni es Periandro hermano ni esposo... “y porque el nudo que lleva a la garganta Periandro me aprieta la mía, no os quiero decir más por ahora”, y pide que le ayuden a buscarle. Constanza la insta a que dé la mano de esposa a Periandro.

El lamento de Periandro. Tristemente, Periandro ha salido de Roma a pie. En una trágica serie de lamentaciones al final de IV:XI, Periandro cede la posesión de su alma a Auristela: “la cual por ser tan tuya te dejo a toda tu voluntad, y de la mía me destierro. Quédate en paz, bien mío, y conoce que el mayor que te puedo hacer es dejarte”. Desesperado, se arroja al suelo, al lado de un arroyo.

IV:XII

Llegada la noche, llegan a oídos del caído Periandro unas voces que están contando su propia historia, cuando por vez primera en Tule conoció a Auristela. Son de su

antiguo ayo Seráfido (que ya citamos al comienzo de esta rectificada historia) y Rutilio, el bárbaro de Siena, que estuvo algún tiempo de ermitaño, y que también peregrinaba a Roma. Oye Periandro que su hermano Maximino también está acudiendo para reclamar a Auristela por esposa; ha llegado por Sicilia (Tinacria, dice Cervantes) y Nápoles, pero le ha tomado una enfermedad (la mutación) que le tiene a punto de muerte. Periandro decide volver a buscar a Auristela para hacerla huir de la indignación y propósitos de Maximino.

IV:XIII

El reencuentro.

Periandro llega de nuevo a Roma, y se encuentra junto al gran templo de San Pablo Extramuros, entonces (suponiendo que estamos, según CRM, en 1559), el más grande templo romano. Se encuentra con su grupo de peregrinos, y entre ellos con Auristela. “Saludó a Auristela, notóle el semblante del rostro, y halló más mansa su riguridad y más blandos sus ojos”, y les cuenta la próxima llegada de Maximino. Llegan Seráfido y Rutilio, y se echan a los pies de Periandro.

Periandro a las puertas de la muerte

Hipólita ofrece protección a los peregrinos en Nápoles. Su chulo, Pirro el Calabrés, celoso de Periandro, se acerca al grupo y con su espada le atraviesa de hombro a hombro su cuerpo. Periandro cae ensangrentado y con la muerte en su rostro. Prenden a Pirro; pocos días después será ahorcado por orden del gobernador de Roma.

IV:XIV

Los desposorios

“Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza”. Cuando Auristela llegaba al fin contenta a Periandro, la variable fortuna la enfrenta con la tristeza, y ve con desesperación llegar a Roma el cortejo de Maximino. Reconoce a Sigismunda, que si hermosa era antes de su desgracia, “hermosísima estaba después de haber caído en ella: que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza”. Pero Maximino está a punto de morir de su enfermedad (mutación); antes de hacerlo, une la mano de Sigismunda con la del caído Persiles, que, avivado el espíritu, da su ser de esposo a su amada.

Llevan el cadáver de Maximino a San Pablo, y a Persiles a curar a Roma. Ya se han ido Nemurs, Belearmina y Deleasir. Arnaldo, triste y confuso, tiene por segunda vez la tentación de marcharse, pero, caballero hasta el fin, decide reiterar su amistad a

Persiles y Sigismunda, que le ofrecen que despose a Eusebia, la hermana menor de Sigismunda, y Arnaldo acepta. Feliz Flora determina casarse con Antonio el Bárbaro; Croriano y Ruperta vuelven a Francia; Bartolomé y Luisa marchan a Nápoles. Constanza recibe de Sigismunda la cruz de diamantes, y casa con “el conde, su cuñado” (no sabemos quién es el afortunado).

Fin

Los felices Persiles y Sigismunda visitan los templos de Roma y llegan a los pies del Pontífice. Habiendo llegado a su plenitud espiritual, Sigismunda “sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que biznietos le alargaron los días, pues los vio en su larga y feliz posteridad”. Con esta frase se llega al venturoso fin de *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

“Sosegó su espíritu”. Apreciamos la clave de interpretación general del Persiles que ofrece Romero Muñoz, que evoca en este punto a San Agustín: “Inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te”; el reposo de los trabajos, el sosiego de la inquietud, está en la plenitud espiritual, en la unión con Dios. Sea esta o no la clave interpretativa de la obra, es claro que, como decíamos al principio, la estructura de la novela sugiere fuertemente que Periandro y Auristela pueden corresponder a dos elementos afines que son separados durante la trabajosa peregrinación existencial, y que se reúnen gloriosamente al fin de la misma, precisamente en Roma, que es la Ciudad de Dios, “el cielo en la tierra”. La hipótesis del alma (cielo) y el cuerpo (tierra) nos parece particularmente atractiva. Es interesante reexaminar bajo esta perspectiva los episodios de las “tentaciones” de Periandro y Auristela, ya en el Libro IV del Persiles. La tentación del principio corpóreo (Periandro) es ser sólo cuerpo, uniéndose a otro cuerpo (la cortesana Hipólita). La tentación del principio espiritual (Auristela) es ser sólo alma, uniéndose al alma universal, a Dios. Pero no es ése el destino que quizá Cervantes pudo proponer como ejemplar. El sentido final del humanismo cervantino consiste en conseguir la integración entre los principios corpóreos y espirituales, porque sólo en ese sentido es posible tomar a Cristo como modelo moral del hombre. Sin duda, esta perspectiva no sólo se encuentra en el cristianismo, sino que tiene profundas raíces en el platonismo y particularmente en el neoplatonismo.

Apéndice: Moralejas y Enseñanzas del Retablo de Persiles y Auristela

1. Del verdadero y grande amor

El amor debe prevalecer. La imponente realidad del verdadero amor, de la verdadera belleza, en cuya ausencia el amado puede morir (Manuel de Sosa Coitiño, III:I; Persiles, IV:VI-XI), obliga “por mandato divino” a torcer compromisos, romper juramentos, arrinconar conveniencias y desbacer proyectos (decisión de Eustoquia, en IV:XII; arreglo de casamientos por Auristela en la Isla de los Pescadores, II:X; y, sobre todo, la historia de Ruperta, III:XVI-XVIII). Los compromisos a los que obliga el amor verdadero, son, sin embargo, inviolables (mutua promesa de Persiles y Sigismunda en IV:XII). El verdadero amor es tan grande como la fe (Periandro, creyendo morir, a Auristela, III:XV), y requiere una igual fidelidad (tercera escena de amor de Periandro y Auristela, IV:I). La plenitud de la fe coincide en Roma con la plenitud del amor (Libro IV). Esa plenitud implica sosiego, permanencia y estabilidad (“es enemigo amor de la mudanza”, canción de Manuel de Sosa, I:IX). “En el corazón sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleitable su morada” (I:XX).

2. Del amor, la belleza y la adversa fortuna

La belleza promueve el bien y el amor, incluso en las mentalidades primitivas (el bárbaro Corsicurbo se apiada de Periandro, I:I). La belleza vale más que la riqueza (actitud del pirata respecto a Auristela, III,IX). La estrecha relación entre la belleza y el amor tiene sin embargo una dificultad; cuando la belleza se apaga, por la fealdad de la enfermedad o la vejez, o por la adversa fortuna, el amor podría apagarse (Duque de Nemurs, IV:VI-XI). En situaciones límite, lo discordante puede amarse, la natural inclinación e incluso el amor puede olvidarse (canción de Rutilio, I:XV, y en el naufragio de Auristela, II:I-II); pero el amor y los celos pueden a veces mantenerse en la adversidad (II:I-II). Así, la fortuna puede torcer el rumbo del amor. Esta conclusión (explícita en La Regata Simbólica de II:X, y en un comentario sobre la misma en II:XII) puede hacerse falsa por los héroes, que mantienen la primacía del amor sobre toda fortuna (Periandro, IV:VI-XI). De hecho, durante el Persiles, inesperados episodios de contraria fortuna separan varias veces a los amantes (I:XIX) que siempre volverán a encontrarse. A veces las dificultades pueden borrar la esperanza, y se tiene la tentación de dejar de perseguir los objetivos deseados; en esta situación, es mejor dejar prevalecer la pasión sobre la razón (segunda escena de amor de Auristela y Periandro, II:IV); no hay que temer si el amor existe (nota escrita de Periandro a Auristela II,VII). Sin embargo, por estas razones, el amor y el temor a la adversa fortuna van frecuentemente unidos (reflexión de Sinforosa, II:VII; plática de Periandro en Milán, III:XIX-XXI). Quizá por ello, los deseos y los engaños también tienden a estar juntos (lamento de Sinforosa, II:XVII). De todas formas, si cada amante mantiene su amor (“firme frente a la contraria fortuna, frente a la misma muerte” – Periandro IV:VI-XI), la fortuna acabará por ponerse a favor del amor. Si bien incluso cuando la consumación del amor está a punto de realizarse en toda su plenitud es posible que todo se pierda (tentaciones y enfermedades mortales de Periandro y Auristela, en el libro IV), aun así, hay que esperar con fe la belleza final, el final feliz. A veces, el momento de máxima adversidad es el portal

por el cual se llega a la máxima felicidad (desposorios de Auristela y Periandro, IV:XIV), como si hubiese que pagar la felicidad con la adversidad.

3. De los amores naturales

El amor natural entre hombre y mujer es santo en sí mismo (historia de Rícla y Antonio, I:V). La hermosura, satisfacción del deseo y la voluntad, se obtiene por la posesión mutua del compuesto de cuerpo y alma (escena de amor de Periandro y Auristela, I:III-V). A pesar de los escrúpulos de Auristela, Cervantes tiende a tratar bien las “juntas y hurtos amorosos” si media verdadero amor y la cuestión termina en feliz enlace (Feliciano de la Voz y Rosanio, III:II-V; Clementa Cobeña y Tozuelo, III:VIII; Ambrosia Agustina y Contarino de Arbolánchez, III:XII). El que persigue su amor por todos los medios, incluso con el engaño, acaba obteniéndolo (Ambrosia Agustina, III:XII, Isabela Castrucho, III:XIX-XXI). El amor natural de los padres a los hijos es más fácil que el de los hijos a los padres (conversación de Periandro y Bartolomé, III:XIII-XV)

4. Del honor y de la buena fama

La buena fama vale más que la riqueza; dejarse recompensar por una buena acción quita fama, aunque añade riqueza (actitud de Periandro con Leopoldio, y poco después con Sulpicia, II:XIII-XIV). El que hace el bien al que lo necesita, sin esperar recompensa, frecuentemente la obtiene (Constanza y Ambrosia Agustina, III:XII). Ninguna costumbre o tradición justifica la deshonestidad (historia de Mauricio y Transila, I:XIII). El honor requiere que la palabra dada debe ser mantenida a toda costa, incluso cuando se descubra que su cumplimiento atenta a los sentimientos o a la justicia (Doña Guiomar de Sosa, III:VI). La milicia tiene un papel redentor (estudiantes que van a ser soldados, III,X). El valor contra los enemigos puede causar la muerte, pero da la honra (caídas de Periandro y Antonio, III:XIII-XV). Siempre es mejor perdonar que, por no hacerlo, hacer pública una deshonra (Periandro a Ortel Banedre, III:VII). Hay una mutua potenciación –concatenación– del que pierde el honor con el que el divulga el deshonor (historia de los encadenados Rosamunda y Clodio, I:XIV).

5. De las pasiones y de las virtudes.

Las pasiones desatadas acaban frecuentemente con uno mismo (muerte de los marineros en I:XIX, de los amantes de Taurisa en I:XX, de Rosamunda en I:XX-XXI). Huir de las situaciones en que la pasión puede desatarse es aconsejable (Antonio padre a su hijo, en relación con el acoso de Cenotia, II:IX; historia del conde Domicio, III:XIII-XV, tentación de Periandro con Hipólita, IV:VI-XI). El encapricharse de mujeres ligeras e inconstantes puede llevar a grandes males (Luisa y Ortel Banedre, II:VII; Luisa y Bartolomé, IV:IV-V). Domar las pasiones puede requerir ejercer violencia sobre sí mismo (Periandro doma el caballo de Sulpicia, II:XX). Las virtudes mayores se mantienen por la protección de virtudes menores; así, la Castidad se preserva por sus damas, la Continencia y la Pudicicia (sueño de Periandro, II:XV; el Conde Domicio muere por haberse puesto la camisa que le regala Lorena, III:XIII-XV). Es odiosa la falsa virtud, que puede darse en peregrinos o pseudo-cautivos profesionales, que usan de una apariencia de penitentes para quitar el pan a los pobres (III:VI, III,X).

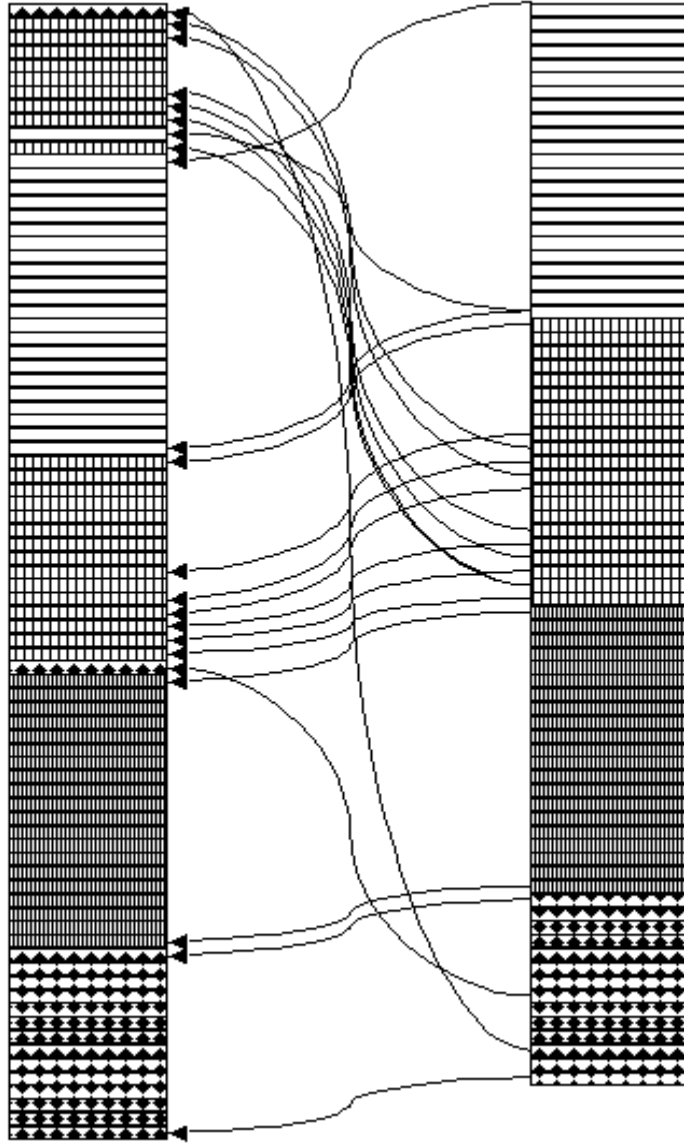
6. De la tolerancia y de la prudencia

Para llegar a la sabiduría (ser Rey del Mundo), hay que ser capaz de tolerar todas las debilidades humanas, la crueldad, la estupidez, la ingratitud (el amargor del corazón humano), y promover la belleza (mito de la isla bárbara, III:VIII). La naturaleza, al otorgar sus gracias, no atiende al origen o la raza (la morisca Rafala, III:X-XII). El conocimiento científico-natural o empírico supera al conocimiento adivinatorio (historia de Mauricio, I:XIII), y ayuda a desmontar supersticiones (crítica de la licantropía y de la interpretación de los sueños, I:XVIII,XIX). La elección asegura, más que la herencia, la bondad de los gobernantes (isla del Rey Policarpo, I:XXII). Hay que ser muy prudente con las resoluciones, frecuentemente precipitadas, incluso si son aparentemente virtuosas, que se toman en circunstancias críticas (Auristela a Constanza, III:IX, el jugador de dados, III:XIII).

Algunas referencias básicas citadas o utilizadas en el texto

La versión del *Persiles* utilizada en nuestras citas es la edición de la Biblioteca Sopena de 1915 (Editor: Ramón Sopena) realizada en Barcelona con motivo del III Centenario de la muerte de Cervantes. En el Catálogo de Romero Muñoz figura como B9. Hemos utilizado también la Edición Facsímil de la Primera Edición de Juan de la Cuesta de 1617 (Edición de la Real Academia Española, Madrid, 1990), la excelente edición de Carlos Romero Muñoz (Cátedra, Letras Hispánicas, 1997) y la de Juan Bautista Avalle-Arce (Clásicos Castalia, Editorial Castalia, 1969). La obra *Cervantes y el mundo de Persiles* de Isabel Lozano Renieblas (Biblioteca de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1998) nos ha aportado también información interesante. Las versiones consultadas de *Las Etiópicas* o *Teágenes y Cariclea* de Heliodoro y de la *Vida de Apolonio de Tiana* son, respectivamente, las de Emilio Crespo Güemes y Alberto Bernabé Pajares (Biblioteca Clásica Gredos).

VER FIGURA EN PÁGINA SIGUIENTE



B
I
B
L
I
O
T
E
C
A
B
A
B
A
B

*Se terminó de componer en Madrid
El 17 de abril de 2003,
Jueves Santo*



Babab.com
Madrid, España

B
I
B
L
I
O
T
E
C
A

B
A
B
A
B